

en el post coronavirus, shock de movilización ciudadana

cultura cívica insumisa

**50 arrebatos para transformar
la vida y el mundo gravemente infectados
desde la ética-civil-común**

ojalá que mañana vuelva la decencia
emilio lladó

**locura es hacer lo mismo una y otra vez
esperando obtener los mismos resultados**
albert einstein

**en la lucha por la vida sobreviven
los que refuerzan el valor sagrado que es el apoyo mutuo**
adela cortina

amistad cívica
aristóteles

**no debemos volver nunca más a la normalidad
quien imagina primero, gana
hemos de reescribir las reglas,
pero no será pacíficamente**
franco berardi

**levantémonos o miles de personas habrán muerto en vano
*haz lo que debes***
spike lee

es un proceso
john cage

**¿qué ha fallado en nuestro sistema?
nos enfrentamos a opciones radicales
ojalá ocurriera algún tipo de progreso ético
*salvémonos de la autodestrucción***
slavos zizek

**estamos en caída libre
y tenemos miedo**
roland schimmelpfemmig

**¿qué nos embrutece?
*estamos más amanzados que nunca***
byung-chul han

el renacimiento florentino empieza después de la peste negra
historia

¡somos los ciudadanos, imbéciles!
pintada en la calle

Leo por la noche, una y otro vez, un libro no fácil del que salen chispas. Me levanto temprano, me meto en la bañera con agua muy caliente. Escita mis ideas. Salgo a tomar el café en el bar de la esquina, compro el periódico para el desayuno y regreso a casa. En el portal, tras el cristal, una mujer ejecutiva abre la puerta, corro para aprovechar que está abierta. Ella no hace ningún gesto: me ignora. Tiene preocupaciones más altas. Estos pequeños gestos ingratos entre vecinos duelen: somos desconocidos. Y ella maleducada. Lo común le importa un carajo.

Al día siguiente debo encerrarme en casa por el coronavirus: soy persona de riesgo. Pasan los días y mi ánimo se oscurece ante tanto dolor y muerte, ante tanto politicastro que aprovecha la epidemia para sembrar discordias de partido rastrero y pescar vilmente algún voto. Ante el sector del espectáculo travestido de cultura que solo se precopa que el estado enjague sus pérdidas, me indigno: no son cultura, solo negocio ultraliberal. Me repele el sector económico tiránico absolutista que influye en el gobierno para que no decrete el cierre general porque sus negocios sufrirán pérdidas. Aquí vomito.

Me impongo escribir para pensar y compartir desde la serenidad. Desde lo que he vivido. Desde la cultura, esa flecha que ha inundado de sentido mi vida, hiriéndome. Dese mi experiencia múltiple. Desde mi espíritu de desobediencia civil apaciguada pero nunca aparcada. Escribo ahora porque necesitamos un horizonte de esperanza, de posibilidad alternativa, para el mundo que nos espera después/ahora. Que estará inundado por la cultura cívica o por la barbarie de la gran diosa insaciable de la economía capitalista destructiva y el autoritarismo gubernamental. Entonces entraremos en los últimos tiempos. Debemos escoger.

Nosotros, los ciudadanos.

Escucho cada atardecer conciertos de la Orquesta Filarmónica de Berlín, gratis, en estos días nublados. Y escribo este texto fragmentado por las mañanas porque debemos construir otro amanecer común desde la cultura que debe olvidar las bellas artes para centrarse en la ética creativa y colaborativa para la vida en común, muy otra. Lo tengo claro, lo reafirmo y vibro: es imprescindible otra cultura cívica para los tiempos que nos toca reinventar desde los ciudadanos solidarios y creativos, con conciencia medioambiental y pública, empujando, incansables, transformación frente a los lobos, tantísimos y cuidadosamente acicaladísimos.

Me ronda centrarme en tres esferas muy desiguales: el sector del capitalismo ya destructivo, el sector de los partidos/gobiernos sumisos a

sus dictados de engorde económico insaciable que están traicionando a los ciudadanos potenciando infinita desigualdad y el sector de los ciudadanos transmutados, con nuestra pasividad lacerante, en clientes y votantes. Estos tres personajes múltiples, aparecerán una y otra vez hasta el cansancio, analizados, visualizados, enfocados, desde ángulos que faciliten comprenderlos y, especialmente, planteen qué debemos hacer, en un largo ahora, el sector de los ciudadanos precarizado. Sin demoras. Y juntos. Lo haré con honestidad intensa dejando, espero, que la indignación brote atemperada. Deseo un texto abierto al diálogo sincero y directo. Aunque a menudo transpire ganas de morder. Y no suavemente. Me harta lo estrictamente correcto.

De pequeño, en mi pueblo, ni idea de cultura o democracia. Eran los años del franquismo cómodo en mi vida personal y familiar. Vivir era compartir el día a día en el marco de una familia con pequeña tienda, buena alimentación, amor y facilidades. Y un buen amigo. La vida en común la marcaba la iglesia con el año litúrgico y su centro parroquial con algunas actividades de teatro, cine y otro cine semanal al que los niños no podíamos ir. La vida era eso. Y estaba buena.

Después descubro que mi sexualidad no era la patriarcal imperante y que mi manera de pensar y actuar estaba cómoda en los márgenes. De joven me retiro un año en el apartado monasterio románico de Sant Jaume de Frontanyà, con una vida casi de anacoreta para descubrir oriente. En los setenta estudio teología en Barcelona porque no existía historia de las religiones, soy maestro activo en la renovación pedagógica del país y formo parte del equipo innovador que impulsa el movimiento del tiempo libre para niños y adolescentes. Con mi amigo Pepe Ribas, en los setenta, lideramos la revista *Ajoblanco* que abre el grifo de la ecología, el feminismo, las sexualidades, las diferencias en diálogo, los movimientos sociales o la cultura de la creatividad cooperante. Nos acusan de proponer una vida cotidiana demasiado poética, extremadamente humana. Nos boicotearon. Ellos, los sensatos, anhelaban el poder económico y político. Esta crisis pandémica es el penúltimo resultado.

Estoy, desde los ochenta, treinta y cinco años en el equipo directivo que reinventa Barcelona como ciudad de ciudadanos desde su ayuntamiento con Maragall, hago de profe universitario, doy conferencias sobre lo público y la cultura en casi todas las ciudades de Latinoamérica. Y, ya jubilado, desde mediados de los dos mil, mi pasión está en la red de

monasterios y iglesias románicas que hemos transformado, artesanalmente, en centros para la cultura de proximidad.

Ahora estoy encerrado en casa.

Desde todo esto vivido, pienso, tomo notas, escribo y me inquieto.

A menudo mordería.

Capitalismo de la catástrofe y política para la sumisión han logrado su propósito: convertirse en funerarias donde enterrar el sentido de plenitud ciudadana con el que queremos vivir y convivir, privatizándolo todo como gran preludio de la solución/catástrofe final ecológica y anulativa de los *sapiens* que nos hemos constituido como ciudadanos desde la civilidad ética-cooperante.

No soy apocalíptico.

Estoy indignado porque los ciudadanos no ejercemos nuestra ciudadanía desde la cultura cívica: desde la ética-para-lo-común-en-plenitud que estamos, imbéciles, guardando en el desván.

Dejemos de acudir a ella solo en las catástrofes.

Movilicémonos insumisos y esperanzados.

Ahora o será tarde.

Este texto, escrito a brochazos, con intuiciones, a martillazos, desde la cruda realidad y la esperanza apuntada, recomiendo leerlo como proponían algunos libros antiguos: sugerían abrir una página al azar para bañarse en ella pausadamente o degustar párrafos poco a poco porque es una propuesta de visiones e ideas para compartir pensamiento crítico y acción movilizarte.

1. Estamos en una situación inaudita, inexperimentada: desconcertados

Momento duro, pero tremendamente sugerente para repensarnos y reinventarnos personal y colectivamente. Un tiempo que será largo, complicado y conflictivo. Porque los de siempre, los del casi todo mal, se inventarán cataplasmas para continuar con más de lo mismo, con otro maquillaje. Y ya no: demasiado dolor y muertes. ¿Deberemos esperar la próxima epidemia o catástrofe ecológica para revelarnos, porque ésta es la palabra? La transformación en profundidad y amplitud solo será posible desde los ciudadanos. Primero desconcertados y después movilizados solidariamente por algunas cuestiones nucleares, estructurales. Esta es mi confianza.

2. La epidemia pone en duda la actual civilización

Ésta es la cuestión clave e inesperada. Lo intuimos con las Torres Gemelas. Lo avistamos con las movilizaciones para impedir el cambio climático. Y lo confirmamos ahora con un parón mundial. El tiempo de las dudas terminó. El tiempo del fracaso acelerado de nuestra civilización, de nuestro estilo de vida compartido, lo iniciaron, desde la derecha política, dos profetas del espanto, venerados: Thatcher en Gran Bretaña y Reagan en Estados Unidos, proclamando el fin de la sociedad y el triunfo del individualismo económico a cualquier precio. Lo remató Tony Blair desde la izquierda, no solo descafeinada, servil. Los resultados los sufrimos: una tierra en la UVI y una desigualdad inhumana. Ambas catástrofes no pueden continuar: nos va la vida como especie. La próxima puede ser una catástrofe ecológica mundial, otro virus peor, enfrentamientos terribles por miseria en las ciudades o las oleadas de inmigrantes huyendo de la pobreza. Están aseguradas. El imperativo: descabalar el capitalismo depredador que ha corroído nuestra civilización, nuestro sistema de vida común donde triunfan los lobos más despiadados como modelo y descabalar los gobiernos a su servicio después de haber abdicado de la socialdemocracia que inventó el estado del bienestar, después de la gran hecatombe de la segunda guerra mundial. Ahora estamos en el Estado Global del Malestar, en la Selva de los Malvados. Estremecedor.

3. Salgamos de la caverna de la oscuridad, de las sombras de la pasividad

Enclaustrado, preparo almuerzos y cenas hilvano pensamiento que después de una breve siesta o una noche larga, estructuro mientras escribo. ¿Cómo salir de la oscuridad en la que paulatinamente nos han metido y nosotros no hemos puesto resistencia? El primer paso: voluntad inquebrantable de transformación radical y global. Basta de arreglitos para ir tirando. Debemos edificar una nueva casa común desde lo que hemos aprendido y ahora reflexionado, desaprendiendo lo que nos destroza. En la Grecia clásica Platón lo cuenta deslumbrantemente: vivimos en una caverna y vislumbramos sombras. Uno sale a la luz y ve la realidad. Al regresar, sus compañeros no pueden ni quieren entender lo que está fuera de la oscuridad. Nosotros, ahora, debemos escoger continuar viviendo en la oscuridad y las sombras del no pensar y no actuar, narcotizados por el totalitarismo de la Diosa Sangrante de la Economía Extractiva y su Mercado Paraíso, sus perros guardianes, los medios de comunicación, las redes sociales mentirosas e híper individualizantes y los gobiernos/partidos ejecutores. O, como ciudadanos en la claridad de la democracia solidaria y liberadora, encender la luz y limpiar la cueva,

tapiarla, para vivir juntos y en plenitud. La cuestión, en síntesis: ser radicalmente democráticos o continuar siendo sumisos, sombras sometidas. La oscuridad crece.

4. La epidemia evidencia otras inquietantes

El coronavirus es la piel de dolor y muerte bajo la que conviven otras epidemias de onda más larga, pero irritablemente inhumanas: el empobrecimiento hasta la mortalidad, especialmente infantil, por un sistema económico especializado en quitar a muchos para engordar a pocos, las explosiones de racismo en ciudades y países donde parece que, como mínimo, la buena educación ya no se considera vital, el desprecio gubernamental y empresarial corporativo a la conciencia medioambiental, el feminicidio incesante, la explotación laboral y sexual, las guerras por los recursos naturales revestidas con maquillajes de causas nobles, el armamento nuclear en manos de desquiciados o la adoración de la inteligencia artificial para suplir a la humana. Y como magno horizonte, comprar y poseer como vida en plenitud. ¿Estamos rematadamente locos? Hemos substituido el *homo sapiens* por el *homo stupidus*. A esto lo llamamos progreso. Necesito música.

5. Virus que crecen por la idiotez de nuestra ciudadanía sumisa

Aquí radica el problema, no larguemos pelotas fuera y lancemos acusaciones a enemigos secundarios. El problema pandémico, más allá del virus como epifanía, está en el gran-nosotros. Carcomido, canceroso, ahogante. Nos hemos rendido y acomodado a la pasividad, al consentir, al acomodarnos, al silencio siniestro. Por un plato de grandes superficies comerciales, las catedrales para el sentido en nuestros tiempos nublados y ya con rayos de huracán. Catedrales y a la vez murallas: no fuera que los inocentes bárbaros del sentido común radicalmente humano, desde sus banderas de *¡juntos!* asalten y perturben la paz de plástico obtenida con tarjetas de crédito y alimentada por las redes sociales imperialistas, que ya saben todo de nosotros porque, insensatos, se lo facilitamos. Nos hemos cargado el equilibrio ecológico facilitando que los virus surjan más rápidamente y con el turismo como imperativo, en un plis/pas lo tengamos en casa. Puedo seguir. Este mundo ya es una colosal superproducción de Hollywood con gran presupuesto, nulo relato cívico e inmensa violencia camuflada. Mientras anoto esto mi amigo ha salido a comprar con mascarilla y guantes en este mudo liderado por tiburones. Al regresar se lava las manos y cambia la ropa. Situación de emergencia extrema. ¿Solo por un tiempito?

6. Se impone una radical transformación en lo vital nuclear

Los que no lo quieran entender, forman parte de la tribu de los parásitos o muertas vivientes. Son los que ante las calles vacías, los hospitales sobrepasados, el dolor del coronavirus y la extensión de la mortalidad, se quedan fríos, insolidarios, salen o se van a sus segundas residencias. Son los empresarios que apremian regresar a trabajar o los políticos que en esta situación límite, aprovechan para sus politiquerías pornográficas. Ningún respeto. Regresaron al estado anterior a las bestias. Pero la mayoría, en el coronavirus, nos quedamos en casa. Escuchamos lo que no podemos hacer para propagar la infección. Y nos mordemos los labios y apretamos los puños ante las noticias de la tele. Tiempo de paréntesis. Después, todos los solidarios concienciados estamos convocados a movilizarnos diferentemente para la gran transformación radical que necesita nuestra vida común en un mundo global diferente. Lo lograremos desde las calles y plazas. Juntos, plurales e insistentes. Capillitas, no. Mentiras grandilocuentes, menos. Ya nos han tomado suficientemente el pelo. Toca cortárselo a ellos. Y rapado. No será fácil. Y será largo. Pero lo primero es la disposición, la voluntad conjunta. El atrevernos. Esto lo estamos incubando confinados, espero. Porque debemos abrir la puerta muy diferentes.

7. Generemos más y más energía ciudadana para alcanzar dianas básicas

Cambiémoslo todo para que nada cambie, afirmaba el príncipe del Gatopardo, novela y peli que he revisado en cuarentena. Pronto nos harán grandes y victoriosas promesas para seguir con más de lo mismo... e ir a peor. Oídos sordos y cacero lazo ensordecedor. En estos tiempos negros me preocupa no oír la voz del sector asociativo civil y la de los movimientos sociales. Tan callados. Esto me espanta porque son ellos los que impulsan la organización de las movilizaciones ciudadanas y alzan la voz en nuestro nombre. Han pasado demasiados años enamoradas, las asociaciones, del modelo de gestión empresarial y optando por servicios. Las infectó. Porque lo suyo no es Santa Gestión de Servicios: lo suyo radical e imprescindible está en la movilización ciudadana para la civilidad común. Mayormente lo han olvidado y me cabrea máximamente: su misión está en avivar ética pública, especialmente allá donde está pisoteada o en peligro de extinción. Defender este modelo me comportó la expulsión, como profesor, del máster para el sector en una de las grandes universidades del país. Lo viví como un premio: discrepo del enfoque gerencial/empresarial que el tal máster carísimo presenta al sector. Sin asociaciones para el sentido de la vida cívica es más complicado

alzar la voz y movilizarnos. Deberemos exigir su reinención y crear de nuevas para estos tiempos de movilización ciudadana imprescindible, potenciando liderazgos cívicos. Otro asunto es el de los movimientos sociales, siempre ondulantes por definición: estar en constante movimiento y en las calles es casi imposible. Mantener la vibración en los intervalos es todavía más complicado, pero absolutamente necesario. Sin movimientos sociales liberadores, insumisos, no hay futuro otro. Los antiguos sindicatos lo hacían. ¿Cómo reinventar su lucha ahora? Si surgen líderes ciudadanos, los partidos los corrompen y encuadran. ¡Uf! Pero el feminismo y el ecologismo lo están logrando. ¡Felicidades! Ahora urgimos de movimientos que no planteen solo temas sectoriales: que se enfrenten al capitalismo destructor y a los partidos acólitos para otra vida-en-común desde otras propuestas alternativas concretas. Muy pensadas. Muy básicas. Muy estructurantes de otra cotidianidad menos grosera. Por favor. Esto es extenuante, difícil. Lo sé. Debemos lograrlo. Empecemos por diez líderes ciudadanos. Y, me pongo bíblico, seremos salvados.

Me gusta meterme en la bañera con agua muy caliente y después de una corta siesta. En este espacio acuático relajante surgen ideas a menudo interesantes e innovadoras. Cuando releo el texto para cerrarlo antes de salir por primera vez a caminar, estas aguas creativas me sugieren que debo arriesgarme a replantear para el post coronavirus el sector de las organizaciones civiles, las de los ciudadanos. Con audacia. Algunos, tontainas sumisos, lo llaman tercer sector. Es el primero: en democracia primero somos los ciudadanos y los ciudadanos organizados para la vida que queremos compartir. Estoy convencido –estoy en sector desde los sesenta- que las asociaciones que prestan servicios públicos o en nombre de los gobiernos locales y supra locales, deben denominarse asociaciones de servicios para diferenciarlas de las asociaciones o grupos civiles que tienen por misión avivar, mantener y acrecentar ética ciudadana contemporánea, a menudo insumisa, desde acciones y proyectos puntuales o de larga duración, campañas para causas clave, movimientos para cuestiones que afecten la calidad de vida-en-común, que pueden derivar en huelgas o desobediencia civil. Todo lo que hacen estas asociaciones/grupos debe ser planteado desde el dialogo, la suma, el pacto y la cooperación entre la red plural, para implicar después a los gobiernos, el segundo sector. Ambos constituyen lo público. El primer sector está obligado a cambiar las pilas.

8. Los que hemos sufrido decimos basta!

El estado del bienestar surge en la post guerra para cuidar a tantos por su sufrimiento cruel. Aporta en Europa y occidente un largo periodo de prosperidad en sus pueblos y ciudades. Criticado y despreciado por los carcamales que todo lo miden desde sus ganancias a cualquier precio – indeseables inteligentes- sucumbe con las privatizaciones del capitalismo salvaje triunfante que quiere hacer negocio con los servicios públicos básicos por los que pagamos, ingenuos, impuestos. La izquierda se apuntó, triunfante. La medicina y la escuela, por ejemplo, se privatizaron ante el mutismo cómplice de nosotros, los ciudadanos. Ahora, después de esta tercera guerra mundial contra el virus, los ciudadanos exigimos no solo recuperar, reinventado, un estado del bienestar aumentado: construiremos otro mundo para otra vida fuera de las sucias garras de las mafias financieras y gubernamentales cómplices. Cuando uno, y es un ejemplo de estos tiempos, contempla la reacción de Europa en la pandemia, quiere irse ya. Arrancar medidas que favorezcan a los ciudadanos anónimos, abandonados, exige un sobre esfuerzo titánico. Y quiere echar a patadas en su sucio culo a gobiernos que, en plena epidemia, anteponen la economía al cuidado de los ancianos en los que el coronavirus se ceba: *jasesinos!, así, jno!* Lo otro, la nueva vida-en-común desde la energía movilizante de los ciudadanos, todavía no ha nacido, pero lo estamos engendrando. Movilicémonos con un meditado descaro no violento. Y tozudo.

9. Sacudámonos el miedo

En dosis muy sutiles nos lo han inyectado constantemente y con un exquisito tratamiento profesional de años: *nosotros somos vuestra seguridad y libertad, sin nosotros, la catástrofe*. La pandemia ha desvelado el terrible engaño: ¡ellos son la extinción! Son la sal para el desierto de la vida y, muy especialmente, del convivir juntos, creativos y solidarios. Lo pienso, lo veo en la tele estos días y tengo ganas de meterme en la cama. Que es lo que les encantaría. Y aquí estoy. Aquí debemos estar. Pensando, proponiendo, con un pie ya en la calle, para la liberación desde la insumisión. Cuando digo ellos, trago saliva para no escribir sus nombres en rojo sanguíneo. Los conocemos, ahora capitaneados por las grandes corporaciones tocológicas o las petroleras, con el espanto de Trump y Bolsonaro vomitando humillación y odio, por ejemplo. No vamos a someternos otra vez. Nos acosarán. ¿En nombre de quién? De la Diosa de la Oscuridad Económica y sus Perros Domesticados, partidos políticos y gobiernos vasallos. Insisto e insistiré: hemos de darles al núcleo. Suena

duro: es un reto de vida o sufrimiento. En el encierro lo reafirmo. Ahora es tarde y debo cenar para después meterme en el capítulo de una serie. Nunca las he visto. Veo una de judíos ultra ortodoxos. Unos jóvenes se casan con sus rituales ancestrales. La mujer no aguanta y huye a Berlín. Atrapa. Respeto todas las religiones, pero me repatean enormemente las que coartan la libertad. Gran comunidad sin liberación es infierno. Falta un día menos.

10. La epidemia muestra el estrepitoso fracaso del mercado para lo vital

En los noventa, aquí y es experiencia directa, lo público sufrió una ola expansiva de privatizaciones a favor de las empresas porque se suponía que ellas sabían gestionar rentablemente los servicios. Tengo memoria. En salud se cerraron camas, se adelgazaron plantillas. Lo más: se privatizaron hospitales. Eran gasto. Se privatizó la educación y líneas de comunicación. Como decía un gestor público, amigo: *hay que adelgazar la cosa y tú no quieres entenderlo*. El grito era modernizar la administración pública. Siempre protesté. Entonces yo trabajaba en el ayuntamiento de Barcelona que, en eso, estuvo muy parco: los servicios públicos deben estar a quince minutos máximo de donde viven los ciudadanos. Barcelona lo logra: éste es su éxito y no el turismo. Ahora, con el coronavirus, hemos constatado los resultados, desesperados: la sanidad pública está desbordada y la sanidad privada mira hacia otro lado y quiere ser, además, recompensada por pérdidas. ¡Golfos! Uno de los puntos clave en el post coronavirus consistirá en exigir servicios públicos gratuitos básicos en todos los pueblos y en todos los barrios de las ciudades. Y generosos. Exigimos cuidados públicos. No votemos a ningún partido que no lo proponga ni lo logre. A algunos modernizadores/destructores les parecerá una cuestión muy rudimentaria, primaria, nada innovadora y menos tecnológica. ¡Que les den! Vivir es un asunto extremadamente primario. Y vivir en comunidad, cuidándonos, lo es extremadamente. Sanidad, cultura, educación y transportes urbanos, gratuitos. Y de calidad. Alquileres controlados. Y contaminación cero. Para aperitivo: salario ciudadano básico. ¿No hay dinero? No votes a tales imbéciles con sus eternas mentiras interesadas.

11. ¿Hemos madurado como ciudadanos?

De pequeño pasaba tres meses de verano con mi abuela en el campo. Hacia conservas. Secaba verduras. Sabía exactamente cuando la fruta estaba madura. No teníamos nevera. Vivíamos interrelacionados con la naturaleza y los pocos vecinos del pueblo. Con extremada sencillez y, para

mí, absoluta felicidad. Aprendí que todo comportaba un tiempo. Ser ciudadano también. Se nace hombre, mujer y todos sus intermedios. Uno es buena o mala persona, incluso. Pero ser ciudadano comporta una voluntad y una constante relación de vecindad activa con los otros diferentes para el común, para el gran-nosotros de la ciudad/pueblo desde las pluralidades. Esta dimensión activa, que ha creado civilizaciones, últimamente la hemos estado substituyendo por otra pasiva: por la de cliente y la de votante. Existo porque compro, poseo, exhibo. Y tengo oportunidades en mi ciudad o pueblo porque voto tal partido para este gobierno. Tal disparate comporta un giro cósmico para una trampa mortal: la libertad, la cooperación, el juntos, la solidaridad queda laminadas en espera de ser sustituidas o suplantadas por relaciones individuales de compra y voto, alimentadas por redes sociales híper individuales e híper controladas por el Gran Hermano Tecnológico Mundial. ¿Exagero? Abre los ojos y entiende. El coronavirus nos ha encerrado en casa donde hemos constatado el valor fundamental y extraordinario de la solidaridad que constituye una de las dimensiones clave de la ciudadanía activa. Más: solidaridad creo que es el nombre/concepto que sustituye a la devastada democracia. La hemos observado en médicos, personal sanitario y otros que se juegan cotidianamente la vida. Y en los vecinos de nuestro pueblo o ciudad que, mayormente, nos hemos confinado solidariamente por no expandir el virus. Y nos hemos facilitado cuidados gratuitamente. En este extraño receso, ¿hemos pensado críticamente otra dimensión más activa de la ciudadanía? Hemos madurado. ¿Regresaremos como ciudadanos o como clientes y votantes? No es una cuestión menor: es la primera y mayúscula.

12. Shock de cultura para impulsar un nuevo mundo y vida

El motor que agita y moviliza transformación es la cultura. Siempre ha sido así, desde las civilizaciones arcaicas. Cultura es lo opuesto a espectáculo mediático o la distracción para el no pensar. Ambos son de otro sector no público, el del ocio. Basta de confusiones, camuflajes y mentiras. Un sector respetable, pero radicalmente otro. La cultura crea, innova, expande o afianza valores éticos con los que queremos vivir juntos, en común, confiados, respetándonos y abiertos al futuro desde la dignidad en igualdad y la esperanza creativa, que son valores éticos fundamentales para superar lo inadecuado, lo terrible, lo tormentoso o los desajustes internos. Estos valores éticos de cultura, para comunicarlos y compartirlos más intensamente y ampliamente, los plasmamos en pinturas en rocas y lienzos, rituales, danzas, teatro, música. Hoy en cine, videos, libros. En

ellos siempre late viva la presencia de un valor ético –una presencia- que nos hace pensar, tomar decisiones y actuar. En común y personalmente. El gran reto en la cultura después de la pandemia de dolor y muerte, de desestructuración de seguridades, está en qué valores éticos, cívicos, debe priorizar, proponer e impulsar constantemente para la gran transformación que urgimos. Me duele constatarlo: la mayoría de equipos del sector de la cultura ni están preparados para esta tarea de nítida y rotunda humanidad ni, me parece, quieren implicarse. Lo suyo, tristemente para muchos, es la innovación desde la originalidad, el glamur de las divinas estrellas mediáticas y los saraos sociales servidos en formatos exquisitos y carísimos. Y llenarse la boca con moderneces chatas. Los interesados están en pequeños espacios para la cultura en proximidad, altamente creativos y colaborativos. Con ciudadanos anónimos. Equipos que impulsan otro pensamiento y vida cotidiana. Que nos facilitan bañarnos y habitar en la igualdad, la ecología, el acoger al diferente, el optar por el diálogo y convivir sin sometimientos, desde el teatro, las exposiciones, la música, los libros, la danza, el cine, los encuentros... Búscalos. En cultura se impone más que una reinención, una revolución para devolver a los ciudadanos en el centro de todas las decisiones y propuestas. Ahora reinan los artistas para difundirlos entre públicos, previo pago, como último resplandor declinante de las carísimas Bellas Artes. Lamentable. Basta. La cultura es un servicio público primero para la ética en la vida común desde la creatividad colaborativa. La de base y con los ciudadanos, debe ser gratuita o con una aportación simbólica. Y voy a soltarlo: la cultura en el post coronavirus debe ser insumisa: debe proponer otra vida y mundo muy diferente al que nos ha conducido hasta esta crueldad. Porque la cultura siempre, siempre y siempre, nos propone cómo queremos vivir y convivir. Lo hemos olvidado. ¿Cómo hemos podido ser tan idiotas?

13. Replanteemos el capitalismo totalitario triunfante

Desde la cultura cívica. Con audacia. Y desde las plazas con movilización. Pactando para el avance, pero jamás timoratos. En mis tiempos de *Ajoblanco* me aburrían mis amigos comunistas con su insistencia monolítica en plantearlo todo desde la economía. Era como la barita mágica, el talismán, para hallar otro camino. Ya mayor, en esta epidemia, los recuerdo. Y, desde la discrepancia con su modelo, les doy la razón: la economía feroz del capitalismo destructivo primero, al que muchos de ellos se han sumado con entusiasmo, nos ha sumido en este espanto de dolor y mortalidad. Nosotros sabíamos que siempre la economía viene

después. Me repugna este capitalismo de lobos insaciables. No el de mi padre, un capitalismo productivo con corazón humano. No soy comunista: su historia es espeluznante, también. Soy reformista insumiso y radical, persistente. Lo que debemos planear, desde la cultura cívica y exigir tozudos, es un nuevo capitalismo de prosperidad compartida, desde una política sin los inadecuados o mafiosos, que lo controlen. Una economía circular, ecológica. El control ha de ser gubernamental, público. La célebre mano que, aseguran, controla el mercado, cortémosla de un tajo festivo y reivindicativo: menudo cuento fantasioso para la extracción mafiosa. Tenemos gente preparado y de alto nivel que sabe cómo impedir la brutalidad del capitalismo en manos de una élite tan extractiva como ya delincuente. Nosotros, los ciudadanos, controlemos a los gobiernos: atémoslos corto. Los escándalos de donaciones crípticas, la desviación de fondos, los favores desde leyes y contratos para su engorde insaciable, deben comportar la destitución inmediata de los responsables públicos. Seguro que por encima de los parlamentos partidarios, que debemos adelgazar con tijeras, y la misma justicia partitizada y en muchos países pura pantalla para encubrir mafias, debemos crear un pequeño consejo ciudadano para asegurar la ética pública de los pueblos, ciudades y el país. Ciudadanos independientes de probada honradez cívica. Antes que la sacrosanta economía esté la ética cívica. Ésta es la revolución.

14. La conciencia climática exige un cambio de rumbo radical

Me levanto más tarde, me da pereza ducharme cada día, intentamos con mi amigo vivir frugalmente, reciclamos, estamos en un confinamiento austero. Y cada mañana envidio el minúsculo y cuidadísimo jardín en la terraza del vecino de enfrente que lo mimar. Sueño en el primer día post coronavirus salir a caminar por un jardín público, una rosalada del paraíso. Y sentarme para fundirme con la naturaleza. Veo, con la poca tele, que muchas ciudades han recuperado fauna y flora. El aire de mi ciudad está sano. Leo que una próxima catástrofe será ecológica. Hasta ahora, los gobiernos han respondido con sugerencias planas y propuestas mínimas los cambios radicales que exigimos los ciudadanos para evitar el colapso del planeta: el cambio climático es su preludio. Los gobiernos están, en esta cuestión especialmente, influidos por el dictado de las grandes empresas del petróleo, del carbón o de las tecnologías fósiles que contaminan o explotan los recursos naturales hasta su agotamiento. Las mismas empresas, para tapar su depredación, se han inventado campañas de falsa responsabilidad ecológica para seguir devastando. Ni un día más. Los científicos y la misma naturaleza nos están avisando con datos

espeluznantes. Los cambios climáticos ya son inesperados. En casa, sin primavera, noto que me han amputado energía. Felizmente, en estos últimos años la ecología preocupa y los jóvenes se movilizan, pero no es suficiente: echemos de los gobiernos a los timoratos ecológicos, no votemos a quienes no sitúen el cambio climático en el centro de sus propuestas y boicoteemos, con ímpetu mayúsculo, a las empresas contaminantes y las que arrasan los yacimientos naturales. Hagámoslo sin piedad y mostrando los dientes. No queremos vivir en un mundo gris, con islas artificiales para los causantes del cataclismo. Los feudales anti ecológicos debemos situarlos en el Museo Arqueológico de los Destruidores del Planeta. Tristemente será inmenso. Y se visitará con mascarilla anti gases tóxicos.

15. Nuevos valores cívicos: insumisión e insurrección no violentas

Nos instaremos, por un largo tiempo convulso, en democracias de crisis: mucho de lo que hasta ahora es legal será cuestionado si no acompaña la vida de los ciudadanos en la igualdad y la salud de la tierra. No nos asustemos cuando nos tilden de ilegales: seámoslo gustosos. No aceptaremos promesas engañosas ni austeridades sádicas. Los instrumentos para impedirlo serán dos valores cívicos absolutamente democráticos, por más que a los de siempre les horroricen y casi los hayan borrado de la conciencia común: la insumisión y la insurrección solidarias como carriles no violentos a través de los que los ciudadanos impulsaremos lo que es legítimo para la vida y el mundo en liberación creativa y colaborativa. Lo legítimo se convertirá en la nueva y más humana legalidad. Tenemos referencias inolvidables: Gandhi, Mandela, la Revolución de Terciopelo en Checoslovaquia, las Primaveras Árabes, el desvirtuado Mayo del 68... Ambos valores concretan su fuerza de transformación en las movilizaciones ciudadanas en las calles, no en el tontón *me gusta* electrónico. No dejemos que nos asusten. Nos acorralarán. Intentarán manipularnos. Nos acusarán de revolucionarios cuando somos subversivos de un sistema de mundo que no solo huele a cloaca: produce mierda. Solo proponemos otro porque ya estamos en él: somos capaces de descubrir y compartir otras formas de vivir y convivir. Las redes, para este cometido, solo sirven para informar y convocar. Estarán más controladas que ahora. Cada día difundirán bulos de una mezquindad salvaje. Es momento de renovar vocabulario y estrategia ciudadana, consensuándolos para reinventar cotidianidad no ahogante. Con prisa y sin pausa.

16. Cuidemos la casa común de lo público

Pagamos impuestos para disponer de una casa que nos cuide grupal y personalmente. No para que solo nos preste servicios como una agencia profesional, fría, distante, súper eficiente y eficaz. Administrativamente perfecta. Vale. Queremos más: proximidad, personificación, relación, familia. En su justa medida. Deseamos sentirnos acogidos. La inteligente palabra de Sócrates en la primera democracia ateniense, *¡cuidémonos!*, vamos finalmente a hacerla realidad ciudadana. Para lograrlo para el conjunto de los ciudadanos de un pueblo o una ciudad, los políticos y sus equipos de trabajo deben cambiar las pilas: los ciudadanos siempre primero. Y no en abstracto: escuchándolos e implicándolos en la planificación de los servicios públicos de la ciudad. Y en su facilitación. La eterna mentira del que no hay dinero no debemos aceptarla: cuidar es primero una actitud que pausadamente, pero sin distracciones, se convierte en red de servicios públicos básicos. Lo aprendí y lo hicimos con nota en la Barcelona de Maragall: al inicio el dinero era un deseo. El cuidado era la norma. Orta vez: no votemos a engañosos compulsivos. Una ciudad o pueblo sin una red servicios públicos de calidad es solo un campamento o un mercado aberrantemente desigual. ¿Lo lograremos esta vez? Nos va la calidad de vida y, tal vez, ya la misma vida.

17. Detengamos la indecencia

Los pillos, delincuentes, extractivos, estafadores, sinvergüenzas y demás mafia siniestra tienen buena opinión pública si tienen el cuidado de mostrar glamur o hacer donaciones ostentosas para grandes causas con los que lavar sus suciedades. También la tienen los que cobran sueldos estratosféricos como jugadores de fútbol o estrellas del espectáculo y la televisión, ídolos populares en muchos casos. Y altísimos directivos corporativos con sueldos proporcionales a su capacidad extractiva. Estamos en la peor violencia de la Roma imperial con pan y circo popular, con ricachones gordos, patricios, enloquecidos por acumular. ¡Un poco de decencia! Y gobiernos sin sentido. Basta de despilfarro como opulencia inhumana. Es impúdico que esta gente sean modelos sociales. O que las películas más taquilleras sean de una violencia escabrosa. No se trata de regresar al puritanismo. Simplemente debemos parar este carrusel de despilfarro, sirvenguencería y violencia. Este mundo donde el exceso de lo más y más grande en grosería variopinta se ha convertido en modelo. No es democrático. Estamos en tiranía. El robo público es intolerable y la extracción económica enmascarada, leitmotiv de las grandes corporaciones que señalan camino, es un insulto. Levantémonos contra el

imperio de una élite económica/política indecente. ¿Estamos locos? Pido que toda la gigantesca camarilla mafiosa sea denunciada públicamente. En Grecia, a los abusones manifiestos, los exiliaban e incautaban sus bienes obtenidos en la oscuridad. Los denominaban *idiotas*. Aquí ocupan programas de televisión y portadas de revistas. Y ocupan la presidencia de grandes corporación o de gobiernos. Pronto tendrán gladiadores para defenderse. De momento les bastan guardaespaldas muy machos alfa y medios de comunicación serviles. En estos días largos, en que la monotonía intenta imponerse, hagamos listas. Dibujemos sus perfiles. No me alcanza una libreta.

18. Decrecer es buena receta

Apago la televisión. Me falta valor e indignación para poder comprender las frías listas de infectados y muertos. Los sirven en formato noticia pulida, como el futbol paralizado o el tiempo. Salgo a mi balcón: silencio ciudadano. Los arboles de la calle verdean. ¿Qué nos pasa? ¿Cómo continuaremos? La gran transformación que la pandemia inaugura con desilusión y esperanza, pone punto y aparte definitivo al mito del progreso acrítico que nos ha permitido un estilo de vida mejor para grandes ámbitos de población y países, pero todos sabíamos, que esa multitud estábamos viviendo por encima de nuestras posibilidades, cerrando los ojos a las injusticias y empobrecimientos que esto comportaba para otros conjuntos ciudadanos y países. Pocos, y desalmados, además viven opíparamente y chupando sangre, vampiros extractivos. Lo que el progreso no ha sido, digámoslo en voz alta, es precisamente solidario. Ni justo y democrático. Ha esquilado recursos naturales hasta casi el agotamiento, optando por la sobre explotación de otros. El virus es también el de la verdad desnuda que desenmascara la pasión por la acumulación infinita, por no importar la sostenibilidad ni, mucho menos, un mundo con una cierta igualdad, siendo generosos al afirmar, con la nariz tapada, tal cosa. Y, como denominador común dominante, el progreso aborrece e intenta borrar la conciencia crítica común y personal de los que favorece. Su objetivo oculto está en que regresemos a la fase de no-pensantes. Y solo consumamos. Esta utopía, proclamada con énfasis y vivida con pasión por los afortunados, se le ha caído la peana. Las minas del Rey Salomón tienen fecha de caducidad inmediata. El decrecimiento, que seguirá, conllevará sacrificios. Uno que es complicado e imprescindible: desaprender. Podemos hacerlo pactando la desaceleración con un plan estratégico público y consensuado. O lo haremos por el estallido social de los que estarán, inmensamente, en la

miseria. Estaré con ellos. Ya lo intento: opto por una vida con el mínimo consumo. Creo que lo más sensato es que cada ciudad y pueblo plantee sus retos de desaceleración con audacia, dentro de un marco general con términos pactados e inviolables, al mismo tiempo que el estado liquide su inmensa burocracia, desengorde los enormes ministros con tribus de asesores chupópteros y gente de sillita absurda, adelgace el enjambre de parlamentarios innecesarios con sus cortes de aduladores de príncipes. A los militares acondicionémoslos en sus museos de falsa gloria. Son ejemplos al vuelo. Démonos prisa por una renta ciudadana básica para la vida digna, no para la vida comprada. Y optemos por productos de proximidad, las energías limpias, la no acumulación, el reciclaje... Lluve: salgo al balcón a mojarme un poco. Al regresar dentro, me doy cuenta que llevamos ya un mes con calidad de vida decrecida: nada de superfluo. Y no necesitamos más. Para cenar, un arroz que aprovecha el aceite del carpaccio del mediodía con una alcachofa cortada finísima. Delicioso. La lentitud adquirida, que es también desaceleración, no quiero perderla: noto más profundo y ampliamente el pulso de la vida.

19. La cultura que no incluya respuesta ciudadana es anémica

Me despierto al amanecer. Estos días de encierro interminable, estoy dándole vueltas a eso de la cultura, mi pasión y mi motor de sentido. Lo he anotado. En el amanecer, entiendo nítidamente que las propuestas de la cultura que no incluyan e impulsen una respuesta en la vida común y personal de los ciudadanos no son cultura para el post coronavirus: son gestos de belleza estériles. ¿Cómo hacerlo? Pide de los equipos un esfuerzo para plantear preguntas, suscitar cuestiones, motivar diálogos, proponer mejoras concretas abarcables, avanzar hacia comunidades proactivas, esbozar futuros. Insistiendo, repetidamente, en la creatividad solidaria: impulsa vida cívica más coherente, innovadora en lo que no va, crítica en lo dudoso, excluyente en lo que es injusto, siempre cooperante. Poniendo el acento mayúsculo en las cuestiones nucleares para la transformación que necesitamos. Desde lo local y lo concreto abierto a lo global. Nada de abstracciones. Basta de violines al viento. Tambores de cuestiones de presente para el futuro. Afirmando y asegurando que toda esta creatividad debemos llevarla a cabo desde la solidaridad-en-común generosa y abierta. Implicándonos personal y colectivamente. La cultura que no inyecta más vida en la vida y vida ahora radicalmente diferente, contamina. Esta tarea desde la cultura, imprescindible para el cambio radical, solo será posible desde la proximidad: desde una red de espacios culturales con una visión y una misión, con singularidades, que propongan,

comuniquen, trabajen y evalúen en red. Cultura con los pies embarrados. Sobran moquetas. El post coronavirus será la época del *¡juntos!* o no será. ¿Lo recordáis? Será la época del *recrearnos* o no será. Lo dejo aquí. Son las siete de la tarde y debo salir como tantos ciudadanos a nuestras ventanas y balcones para aplaudir, *juntos*, al sector sanitario que se juega su vida por nosotros. Son cinco minutos de aplausos sentidos, calurosos. Conozco a mis vecinos, finalmente. Al final alguien pone una canción y con el móvil todos se balancean a la luz de la esperanza. No tengo tal trasto. Lástima. Pero vivo este minúsculo ritual como un acto de cultura cívica, cada día, imprescindible. Es un ritual de comunidad, de comunicación a pesar del confinamiento. Un ritual que provoca conciencia, pequeños cambios de valor, ahonda ética activa cotidiana, hace que tengamos necesidad del cuidarnos. Nos impulsa a potenciar crítica común proactiva frente al menguado sistema sanitario y adhesión a quienes arriesgan sus vidas, por ejemplo, en el cercano Hospital Clínico junto a mi casa. Estemos con la cultura que cuestiona la vida y traza algunas pistas abiertas. La necesitamos en dosis semanales, como mínimo. Y pide esfuerzo.

20. Apaguemos el huracán de la desinformación tóxica

Solo con un cierto silencio valiente y no banal, lejos de los acuñadores de medias verdades y mentiras repugnantes para sus propios intereses – Tramp es el bufido bestial máximo-, podemos plantearnos las preguntas imprescindibles para las acciones transformativas que debemos emprender los ciudadanos desde nuestras calles, ahora más ensuciadas por el empobrecimiento y el cabreo. No nos dejemos, tampoco, influenciar por los mentideros de las redes sociales, cada día más cargadas de indeseables politiqueros híper partidarios que lavan con mensajes mentirosos las indecencias de los suyos, por ejemplo en estos días negando que hayan saboteado el sistema sanitario durante años para desviar dinero para sus partidos y cuentas particulares. U ocultando muertos. Las infectan también los poderosos lobbies corporativos de las grandes corporaciones empresariales que intrigan, en la red y fuera, para que en la pandemia sigamos trabajando para salvar el derrumbe de la economía intocable: tienen a su servicio medios de comunicación influyentes. Pero no caigamos en la desconfianza absoluta y la descalificación generalizada. Es exactamente su objetivo. Durante estos últimos decenios la labor de zapa para que dejemos de comportarnos como ciudadanos críticos y solidarios ha estado orquestada finamente. Tratar al enemigo de insignificante y poco inteligente es de bobos. Con la pandemia han quedado desnudos: el dolor y la muerte oxidan y

derrumban lo siniestro y los apaños de intereses particularísimos contra lo común. Así que, ahora, más ojo inteligente y más debate cooperante para acordar en que llagas meter el dedo y el puño. Desde las redes sociales, también, pero sin glorificarlas como los espacios de la verdad resplandeciente. El buenismo murió con esta peste. Los emperadores del capitalismo extractivo y los reyezuelos partidarios en gobiernos incompetentes van desnudos. Sabemos quiénes son los lobos, donde tienen su guarida y cuáles son sus estrategias. El balance no está mal. Y duele. Enormemente. Ya hay quien dice que la cuarentena se va a largar. Y hay quien apuesta porque los trabajadores, arriesgando sus vidas, regresen a la construcción y las industrias. Estoy seguro que lo lograrán: su maldad no tiene límites y para ellos solo somos bueyes de carga. El gobierno cederá tarde o temprano: a esto lo llama *cuidarnos*. La infame presidenta de la Comunidad de Madrid, clama por reabrir las empresas. La maldad también es gubernamental. ¿Entonces? Busquemos, los ciudadanos, buenas ideas otras y transformémoslas en cotidianidad compartida. Quieran o no. Impongamos dimisiones. Démosle a los morros a la tirana y su enjambre de gobiernos comprados y delincuentes. Los ciudadanos hemos sido tan sumisos que nos hemos convertido en un rebaño de bobos. No hay plan B.

21. Inteligencia frente al consumo que nos consume

Arrastramos desde los ochenta, constatatadamente, una creciente y últimamente galopante crisis generalizada de inteligencia ciudadana. Nos hemos instalado en el no pensar, comprar y sentarnos individualmente ante las redes donde el tontón *me gusta* es la máxima expresión de inteligencia crítica. Así es imposible comprendernos, entender el mundo actual y el del post coronavirus en el que ya estamos. Nuestras mentes se han estrechado alarmantemente, enmallándose en cuatro puntos cardinales que, nos dicen, son indispensables para la vida zozobante: la rentabilidad económica como sagrado dogma, el consumo como paraíso imperativo, el voto a los mediocres como conformismo para evitar lo peor y la salvación desde las nuevas tecnologías como interrelaciones y magia para crear futuro. En esta jaula mental nos han confinado con nuestro consentimiento, memos entusiastas. ¿El largo encierro del coronavirus ha abierto algún barrote? En la austeridad del confinamiento, ¿hemos reflexionado inteligentemente? ¿No nos hemos dado cuenta que el vivir y convivir no necesita un desbordante exceso de comodidades competitivas, superfluas? ¿No nos ha incendiado la sangre y estallado la mente y el corazón al escuchar a políticos y altos empresarios verbalizar que

debemos estar dispuestos a sacrificar a nuestros ancianos? El mundo que representan y quieren imponernos es nazi, directamente exterminio, excrementos. ¿No nos ha inquietado la situación, no ya de pauperización, sino de pobreza extrema donde malvivirán millones de parados por la epidemia? ¿Y no os ha impresionado y abierto las puertas para la percepción de otra realidad, la heroicidad del sector sanitario amplio que se juega la vida por salvar vidas arriesgando la suya? ¿En qué lado nos situamos? Se ha visibilizado la frontera. ¿En el de los sátrapas o en el de los cuidadores? Edifiquemos el mundo post epidemia desde este ejemplo de una humanidad infinita: cuidémonos inteligentemente aunque sea arriesgando nuestras vidas. Detengamos la parálisis del miedo. Mandemos a los sátrapas a la caverna. Ya los hemos soportado suficientemente. Es posible otro futuro menos grosero. Apuntémonos a su diseño y construcción. Vibrantes. Aunque suene a eslogan manido, pero jamás vacío: *¡juntos, podemos!* Nos estamos asfixiando en nuestro pasivo placer.

22. De animales domesticados y de carga a ciudadanos decisores

El gran sometimiento que se inició en la época industrial, cortando relaciones con la naturaleza, vecinales, de trabajo artesanal a escala humana, nos convirtió en animales para hacer prosperar la maquina engrasada, con vidas humanas y sufrimiento atroz, de la economía como gran epifanía de felicidad en un mundo, que ha resultado ser un apaño para el olimpo de algunos pocos leones salvajes machos alfa, enjoyados. Es verdad que hemos avanzado, especialmente con el estado del bienestar y el combate de pobrezas insufribles, con la medicina para salvar tanta muerte o la educación y las democracias. No es cuestión de blanco y negro, que siempre propicia populismos ahogantes. Es cuestión, en el parón pandémico, de hacer balance y corregir la dirección, especialmente ahora que estamos ya en la época ambigua de las tecnologías sofisticadas para el control y la inteligencia artificial en el marco de una tierra agotada por sobrexplotación intencionada y despiadada. Seguramente que los tiempos post coronavirus necesitan un lapso de tiempo, no demasiado dilatado, de preguntas, que son, dado el desvarío donde nos sitúa el virus, más importantes que las respuestas. Estas preguntas, planteadas desde los ciudadanos y no desde las élites económicas y políticas de las que sabemos sus propuestas de más de lo mismo con alguna floritura de conmisericordia, potenciaran en nosotros la ciudadanía audaz en el pensar y la acción conjunta que urgimos. No será fácil, pero será apasionante. Y será largo el camino para los resultados ciudadanos y universales. En la

época industrial para paliar daños intolerables nacieron los sindicatos. Ahora, insisto e insistiré, debemos reinventar los movimientos sociales no violentos como expresión de la voluntad civil inequívoca. No podemos fallarnos. Me escribe una amiga argentina: *todo se va a la mierda: ¿lo aceptaremos con nota?* Un muchacho trans en las redes: *harto de machos alfa con pollas pequeñas que las subliman jodiéndonos*. Maravillosa mala educación.

22. Preparémonos para compartir: lo imprevisible llegó

Mañana de Domingo de Ramos en confinamiento. Veo por la tele la bendición de las palmas y la misa desde el monasterio benedictino de Montserrat, sin fieles. Impresiona la sobriedad del ritual. El rojo de la liturgia inunda mi sensibilidad. Hay una solemnidad de ritual sincera, un eco de infinito, un viento de memoria actualizado. Austeridad, emoción y comunidad. Algunos años he participado en las ceremonias de esta pascua monástica. Al terminar, reempiendo este texto. Bullen las ideas y las preocupaciones. Me apetece escribir una síntesis de lo que he aprendido, anotado e interiorizado, en esta cuarentena sosegada en casa, monasterio personal. Mejor, eremitorio en un onceavo piso. Escribo en rojo.

a. Ultra neoliberalismo destructivo. La economía mundial regida por los tiranos de las grandes corporaciones para implantar la dictadura del mercado destructivo de la tierra y la conciencia ciudadana debe concluir imperativamente. Nos jugamos la vida del planeta y nuestra vida en humanidad compartida. Es el primer y gran reto. Estamos en guerra. Hemos perdido y perderemos batallas. Pero convenceremos. No podemos seguir con una economía que está en manos del 1% de la población mundial frente a un 80% de sometidos. O nos rebelamos y estrangulamos con nuestras manos de ciudadanos humillados –sic- colectivamente este capitalismo mortal o nuestra civilización se va a la mierda –sic-. No me va el apocalipsis ni, mucho menos, la violencia. Intento no vivir atontado.

b. Pausa para el resed. Llegó el colapso, todo quedó estancado. La tensión de la competencia insoportable ha quedado en nada. La excitación del frenesí contemporáneo se ha desvanecido. Nos aburrimos porque no estamos preparados. Pero el receso es una experiencia mundial inquietante y sanadora para repensarnos críticamente. Yo lo intento.

c. Firmeza. Pueden explotar violencias sociales y raciales para acobardarnos en lo que debemos transformar: ni un paso atrás. Los de toda la vida se retirarán matando. Ya lo están haciendo primando la economía frente al dolor y las muertes.

d. Futuro. No estamos preparados, pero debemos esforzarnos para apostar por la frugalidad, el compartir, el no acumular, la sostenibilidad, el cuidado mutuo. Y la ciudadanía crítica y movilizadora que impida la barbarie imperante, a menudo exquisitamente.

d. Compartir. Esta es la palabra para el futuro, que en estos últimos años ha sido substituida por consumo y competir. ¿Cómo hemos podido ser tan descuidados?

e. Debemos recuperar la política. Esta más que enferma: anestesiada por manipulación y vilezas. La hemos de recuperar primero en nuestras mentes y sensibilidades. Hemos cancelado nuestra aportación directa a la democracia y hemos caído en el abismo de que *lo solucionen ellos*, recómodos. Aburridos ahora en casa, hemos podido despasivizar la mente y sentir que nuestro corazón late más ante cuestiones irresponsables colectivas. En estos tiempos de silencios, dudas y revisiones, ojalá hayamos recuperado pensar que la política no es solo cosa de partidos y gobiernos: lo es básicamente de ciudadanos que nos planteamos, juntos y plurales, solidarios y decididos, cómo queremos vivir y convivir. Desde que valores éticos evolucionados. Si la política no es cosa de ciudadanos todos, anónimos, y nos reafirmamos en tal cosa, es que nuestro civismo está profundamente enfermo. Y nos entregamos. La situación, entonces es desesperada. Me niego aceptarlo.

f. Debemos tener escrita personal y comúnmente una pequeña lista de prioridades para cuidarnos: redistribución de ingresos y de tiempos de trabajo, igualdad sin más excusas y con renta ciudadana básica, frugalidad por decrecimiento frente al despilfarro, inversión en energías solares y punto final a las fósiles, impulso audaz a la educación otra y no en línea, la cultura para la vida o la sanidad universal, la inmigración acogida, la solidaridad como amanecer, la red de ciudades y pueblos sustituyendo al fósil estado, la abolición de lo militar, la igualdad sin excepciones... Son ejemplos. Míos. ¿Cuál los tuyos? ¿Cuál los comunes? ¿Qué hacer para que sean realidad a medio plazo?

g. Salgamos del encierro con hambre por abrazar. Podemos salir cabreados y con razón. Pero no nos favorece. Salgamos con un salto mental para abrazar fuertemente y audazmente la solidaridad, el contacto directo, la igualdad, la sensibilidad, lo público, la naturaleza, al desconocido... y la transformación.

Cuando termine el enclaustramiento sueño con pasear en primavera. Y cuando se permita, largarme al monasterio románico junto a las montañas para reiniciar, con un almuerzo del equipo al aire libre, la programación cultural artesanal para la cultura de la creatividad solidaria entre los que

formamos una comunidad plural abierta desde los pequeños pueblos del entorno. Y prometo luchar -esta es la palabra- con un jardín de abrazos, ahuyentando lobos.

23. Harto de vuestra pandemia de sofá y de aplausos

*Me escribe un amigo en facebook. **Votamos a los que adelgazaron al sistema sanitario, a los que son la voz atemperada de los rapaces insaciables. Ahora confinados en el solitario sofá con mantita, tele y redes sociales, pensamos que vamos a salir adelante. Que los que votamos y la mano del 1% visible de la economía mundial arreglarán esto y saldremos mejorados. Por eso salimos a aplaudir a nuestros héroes de batas blancas. ¡Dejemos de mirarnos el ombligo! Y contemplemos desvalidos el alrededor híper vulnerable! ¿Nos preguntamos qué coño haremos al abrir la puerta?** Es anarquista cooperante. Lo leo como un mazazo en la frente. Gracias. Me deja un rasguño.*

24. La dictadura telemática nos ronda mordiéndonos los tobillos

Los datos que vamos largando por las redes ya configuran nuestro perfil y nuestros deseos. Iremos a más. La tentación de seguridad impulsada por la vigilancia sanitaria va a ser el primer paso. Demasiados andan gratamente sorprendidos como el gobierno chino ha controlado la pandemia y la sigue tutelando a partir de la vigilancia telemática. Se esforzaron enormemente. Pero mienten como dictadura: el número de muertos está absolutamente disminuido. La operación de suministrar material sanitario actual, asombra. Demasiado es defectuoso. Sin duda China se está preparando para asumir el liderazgo del mundo a no ser que se descubra el inmenso pasteleo montado con la muerte. Nunca me fio de gobiernos totalitarios. Es hora, pues, de desactivar a menudo las pantallas como miembros articulados de nuestros cuerpos y de ayunar de redes o usarlas críticamente. Una democracia vigilada es, escalofriantemente, una dictadura encubierta. Ya nos rodea. ¿Cómo cerrarle la puerta si nos prometen seguridad? ¿Cómo estar informados y conectados evitando el ojo del Gran Hermano en nuestras nalgas? Las redes sociales no pueden quedar ni bajo las grandes corporaciones ni los gobiernos sumisos. Algo haremos. Me niego a vivir teledirigido. Morderé. Y regresare a la estilográfica.

25. Barbarie o comunidad pública global

La barbarie está en nuestra vida y mundo siempre en menor o mayor grado como posibilidad para la destrucción paulatina o feroz de lo humano. Somos ambivalentes. Mejor aceptarlo. Pero podemos controlarla. Cercarla. Disminuirla. De vez en cuando ruge. El último espasmo espeluznante fue con Hitler: ¿cómo imaginar que la culta Alemania montaría el exterminio tocando Mozart? Un amigo me recuerda algunas veces: *¡se olvidaron del amor cívico!* No estamos en la barbarie terrible, pero habitamos sus campos en barbecho. El trato con los emigrantes, los campos de refugiados, las guerras por controlar los recursos naturales o geoestratégicos, son barbarie. La dictadura tiránica del capitalismo salvaje desmelenado es barbarie que nos está llevando a una desigualdad inhumana que explotará. Por no frenar a los insaciables democráticamente. Al sucumbir a sus encantos de consumo ilimitado ya hemos agotado la tierra. Y si no escuchamos y paramos ese tambor insistente de barbarie no tan sutil, el desenfreno que llamamos progreso herirá de muerte la madre tierra: ¡somos tierra relacional! Y nosotros con ella. Ya gime desde el brutal cambio climático. Los científicos dudan si todavía estamos a tiempo de impedir el colapso. Mientras, bailamos sobre el abismo: esto es barbarie, queridos. Solo los jóvenes están reaccionando mientras las grandes corporaciones fingen arreglitos y los gobiernos no se atreven a controlarlas en nombre de la Sagrada Economía que ya es Economía para la Muerte. Espero que la reacción enérgica, vigorosa, y un punto maleducada, de la comunidad pública mundial pueda evitar que la barbarie pluralmente omnipresente y disfrazada de necesidad incuestionable sea declarada Emperatriz de la No-Civilización. El tiempo apremia. Me entristece escribirlo. Cuando estoy cabreado, me consuelo dibujando en un bloc rostros de personas con el pelo enormemente alborotado, piel manchada con café y rasgos con tinta china que se desdibujan. En sus ojos hay fuego.

26. Red de ciudades con los más empobrecidos

Montamos las ciudades para relacionarnos des de la ayuda mutua, para cuidarnos. Estoy seguro que es uno de los mayores logros humanos que empezó entorno a Sumer, hace milenios. En ellas nos hemos convertido en ciudadanos: en preocupados y actuantes en las cosas comunes desde el vecinaje. La revolución industrial las sobredimensionó y la especulación neoliberal las convirtió en atracción irresistible por sus ofertas de trabajo y sus servicios públicos. Se saturaron y son pasto para el consumo infinito que no ha parado de crecer. La *polis*, aún hoy y con todas sus

complejidades y tensiones, es el lugar del encuentro con los diferentes que nos constituyen como ciudadanos. Es el lugar de la *poli(s)tica*, esa extraordinaria invención humana para decidir la convivencia. Las ciudades son casa común de ciudadanía. Los ciudadanos no vivimos en estados, esa institución burocrática, útil en otros tiempos, pero hoy demasiado grande para escuchar y atender las necesidades y retos inaplazables de la gente y demasiado pequeños para cuidar el mundo. La transformación indispensable y urgentísima pasa por las ciudades en red de movilización o no será. Quedará en arreglitos y cataplasmas. En las ciudades operan la red de asociaciones civiles del voluntariado ciudadano que deben ponerse las pilas para ser transformadoras, liberadoras, junto a los movimientos sociales, que son olas intermitentes para empujar cuestiones concretas imprescindibles. Asociaciones y movimientos deben implicar a los gobiernos locales. Por complicidad. O arrastrarlos. Un gobierno que dé el culo a sus ciudadanos, debemos patearlo sin delicadeza. Hay otra cuestión que me preocupa estos días: la gran concentración humana en las ciudades sin unas condiciones de vida con dignidad, acrecienta desgracias: en esta pandemia, las que más dolor y muerte sufren son las grandes metrópolis. Se impondrá repensarlas y, seguro, fijar un estándar mundial para asegurar calidad de vida en común y ecológica. ¿Cómo hacerlo sin autoritarismos? Complicado. Y apasionante. Algunas están sugiriendo reconfigurarlas en círculos más pequeños en los que los servicios públicos, trabajo, relaciones... estén a quince minutos de casa, haciendo menos necesario el masificado transporte público. En mis tiempos en el ayuntamiento de Barcelona lo intentamos. Ahora el ayuntamiento de Paris, en esta pandemia, lo reinventa con mejor criterio. Buenas ideas no faltan. Las realizaremos si los ciudadanos las asumimos y empujamos, movilizados. Junto a gobiernos locales reconvertidos. Todavía los amo como institución de proximidad.

27. Cultura para generar un sentimiento colectivo fuerte

Antes, en las culturas arcaicas, la cultura como vocablo no existía. Era una realidad de sentido dinámico e intangible compartido por un grupo, primero de cazadores y después de agricultores, que conectaban con una dimensión existencial e indispensable, creativamente consensuada, para seguir conviviendo juntos. Paulatinamente ubicaron esta presencia de valor compartido en un lugar natural en el que celebraban ritos conjuntos. Más tarde, y con alguna gran excepción anterior, en las primeras ciudades edificaron templos para celebrar y ofrecer morada a este ánimo común y le dieron forma física: ¡los dioses! Surgieron las religiones que unificaban

las interrelaciones de valor común supremo de los habitantes: les daban seguridad para enfrentar futuro. Todo se formalizó y se burocratizó. Y salieron preceptos obligados. Israel es un ejemplo de legalismos rituales a ultranza con los seiscientos mandamientos rituales a someterse. Es historia conocida. En el declive de las religiones en la Europa del Renacimiento, el hombre pasa a ser el centro de todas las cosas: el dibujo de Leonardo da Vinci de un hombre con brazos abiertos en medio de un círculo es el nuevo mandala. Y en un largo proceso de secularización del sentido al que se somete la deidad, lo que ahora denominamos cultura sustituye a la religión, desdejada en diferentes grados. Estamos en la modernidad. Y con ella tiramos el niño del sentido-de-valor-en-común, indispensable para convivir juntos, por el desagüe por el que nos desprendimos de legalismos draconianos impuestos como losas pesadas. Nos quedamos en la intemperie de sentido, huérfanos de presencia-ética, sustituida por los adornos de bellas artes y espectáculos para la distracción, subyugados por los artistas como últimos héroes de no sabemos qué horizonte. Punto final. En el largo dolor del coronavirus, encerrados, multitud hemos experimentado el vacío, agarrándonos a las batas blancas de los sanitarios. Son lo mejor de todos nosotros. En el post, toda cultura que nos cuide debe facilitarnos sentido-ético para una vida común y personal en plenitud de civilidad. Si no lo hace con generosidad y gratuidad debemos desecharla por obsoleta, por mercancía. Y por polucionante. En este quehacer quiero estar activo con todas mis fuerzas y experiencia junto a una multitud de ciudadanos. ¿Existe algo mejor en la vida? Y lo haremos desde el amor cívico reconstruido.

28. La seguridad va después de la libertad y su acción solidaria liberadora

En casa, aislado, sin salir, me siento seguro. Pero esto es vida en conserva para el mientras-tanto. Hace tiempo que en el mundo soplan huracanes para desestabilizar certezas: el trabajo ya no es para toda la vida, la precariedad ha hundido a los más pobres y situado en posiciones de equilibrios duros a la clase media, la imparable automatización de casi todo nos deja en el paro estructural a multitudes con todo el tiempo vacío, el matrimonio patriarcal se fue al traste, el clima está loco, los populismos gana gobiernos, los inmigrantes son mal recibidos, las violencias se multiplican, mentir en lo público es aplaudido... La lista es escalofriante. Y ahora una pandemia universal para coronar, con un pequeño virus, la montaña de desarticulaciones. Tenemos miedo fundado. Para mitigarlo nos agarramos a la seguridad, venga de donde venga. En España la propongan los fascistas de Vox, inmundos y en el parlamento. Y la

derechona les ríe los insultos y groserías. La opción generalizada por la seguridad a cualquier precio es el primer signo alarmante de una sociedad altamente enferma, dispuesta a seguir cualquier autoritario simplista o fascista grandilocuente. Aterrador. La orquesta para el miedo es potente, profesional e inteligente. Atrona. Para la libertad y la acción solidaria en este huracán neoliberal nos hemos quedado con bandas de música de aficionados imbatibles al desaliento, provenientes de asociaciones cívicas y movimientos sociales. Y un coro desigual de ciudadanos concienciados. Todos con voluntad heroica, pero con un sonido amortiguado por el estrepito de la Gran Orquesta Mundial para la Seguridad. No vamos bien. La orquesta de la seguridad en el post coronavirus aporreará tambores para imponernos vigilancia permanente telemática. Y legislará restricciones en los derechos ciudadanos básicos. Es necesario que la banda de la libertad retumbe los aires con las trompetas del *¡no pasaran!* Con ciudadanos movilizados enérgicamente en las plazas para conquistar espacios liberados. Con lucha no violenta reinventada. Nada complaciente. No es una opción: es un deber. Nos jugamos la democracia. En este coronavirus, lo confieso abiertamente, pienso que la libertad es demasiado abstracta, muy de discurso: lo que me importa es la liberación: cómo nos sacamos de encima a los carcamales extractivos y partidarios y como nos liberamos, conjuntamente, de miedos e impotencias. La tarea es hercúlea. Y exige músculo ciudadano vitaminizado con triple dosis cívica.

29 La movilización en lucha vehemente y pacífica va para largo

El día después del coronavirus será interminable. Ya lo es. Regresaremos a la vida cotidiana poco a poco y tentados para que todo sea igual que antes para restaurar lo abandonado forzosamente. Comprensible. Y primer gran error ciudadano. Regresaremos con mascarillas. Con un par de metros de separación. No será, pues, un regreso igual, por más que muchos hablen de una nueva normalidad. Regresemos, espero, con otra actitud crítica que costará se transforme en acción imprescindible para la transformación de lo que ya no es más aplazable. Que las mascarillas nos lo recuerden. A mí me recordarán los pañuelos con que protegíamos nariz y boca cuando la poli nos arreaba en las manifestaciones antifascistas en tiempos de sanguinario General Franco. No queremos, oh, una nueva cotidianidad: exigimos una diferente vida y mundo. Los grandes cambios en la historia humana de la tierra siguen a las grandes catástrofes. El coronavirus lo es. Es una catástrofe global por un bichito. Nos ha pillado en un terrible retroceso de humanidad compartida, debido a la erosión

perpetrada por la toxicidad del capitalismo talibán del no pensar y consumir, obedeciendo, y las políticas de laminación democrática que lo acompañan. ¿Casualidad? Lo preocupante es que estamos perdiendo la capacidad de reacción como especie. Dos catástrofes puntuales últimas lo muestran: la caída de las Torres Gemelas o la crisis económica mundial del 2008. Y dos epidemias que nos rondan lo testifican también: la bomba inhumana de la desigualdad, manifestada con espanto ante la inmigración en el Mediterráneo o en la frontera USA, y el cambio climático que ha dado suficientes muestras de agotamiento cósmico y nos repañinfla. Acobardados, no estamos dispuestos ni preparados para una larga lucha de transformación radical. Pero nos va la vida. Hemos de inventar un viagra ciudadano urgentemente en dosis diarias. Aun así, seremos pocos en tomarlo regularmente. ¿Desesperado? Mejor saber de dónde partimos para la movilización larga y vehementemente pacífica de los ciudadanos. Saber dónde estamos es un punto de salida imprescindible para el largo camino. No puedes quedarte al margen. Tus nietos te lo agradecen.

Líbero es una organización suiza que, cabreada con la barbarie de la ultraderecha del país por un referéndum que proponía expulsar a los inmigrantes que cometieran cualquier delito del tamaño que fuera. Lo tenían ganado. Hasta que Líbero movilizó a los ciudadanos. Perdieron el referéndum y todos los que han convocado. ¿Cómo moviliza?

- 1. Tienen un relato propio contundente, directo, pensado desde la gente, con los pies metidos en el barro.*
- 2. Se plantean en cada movilización cómo pueden ganar y qué hacer.*
- 3. No hacen caso ni responden al relato de la ultraderecha que, inteligente, intoxica el debate.*
- 4. Empiezan con convicción.*
- 5. Cambian el marco del debate y lo arrastran a su campo.*
- 6. Trabajan con hechos.*
- 7. El lenguaje es simple y recordable.*
- 8. No se sienten moralmente superiores.*
- 9. No son solo reactivos.*
- 10. Agotan la estrategia del otro.*
- 11. Rebaten los insultos desde su relato*
- 12. Les va la lucha.*
- 13. Gráficamente son memorablemente sencillos e incisivos.*
- 14. Organizan acciones directas con algún elemento simple y sorprendente con gente joven, especialmente.*
- 15. Son altamente creativos y extraordinariamente eficaces.*

16. *No se ponen nerviosos.*

17. *No improvisan.*

18. *No dejan que la ultraderecha se apodere de la marca país.*

19. *Confían en los ciudadanos con pasión.*

30. Ya que no nos ha unido el amor que nos una el espanto

El invidente y genial Borges lo decía al revés, con razón. La realidad constatable actual es contundente. El amor cívico, solidariamente cooperante para hallar soluciones pactadas entre los ciudadanos y resolver las urgencias comunes básicas que nos apremian, no abunda. Incluso hemos acuñado una denominación para los amorosos gratuitos y gratificantes: los voluntarios, una pequeña gran tribu imprescindible. ¿Amor? Desde los ochenta, después de menospreciar y manipular el vendaval de mis años jóvenes del *haz el amor y no la guerra*, el amor fue substituido por la competencia a cualquier precio desde un híper individualismo narciso y salvaje. Nos instalamos en la Edad del Yo Me Quiero, artículo profético que escribí para inaugurar la segunda época de la revista *Ajoblanco*. Me criticaron. Acerté, desgraciadamente. El amor hoy es una mercancía surrealista romántica suspirada, pero en segundo plano porque el primero lo ocupa las relaciones efímeras y cada día más centradas en el sexo. Y el uso del otro, no la mutua entrega generosa. Para mí, vecinaje es amor cívico compartido. Soy más que romántico: ¡poeta! No espero que al superar la cuarentena de amor familiar impuesto, el amor cívico, público, sea motor de transformación. Me basta que lo sea el espanto ante lo que hemos pasado y compartido y lo que nos espera si continuamos tonteando. Y si éste tampoco nos une y nos moviliza, entremos cantando la Internacional de la Impotencia en la UVI Universal. Me resistiré. Y espero seamos mogollón.

31. Gobiernos ciudadanos fuertes frente a populismos fáciles

Ya que nos hemos dotado de gobiernos, exijámosles que nos cuiden y no velen solo por sus partidos y la caspa de bancos y grandes corporaciones descerebradas. Los gobiernos son culpables de lo que ocurre por despreciar a los ciudadanos en una sinfonía de tonalidades malvadas. Durante algunos años ha habido algunas excepciones, por ejemplo y repito, en el gobierno de Barcelona en el que participé con Maragall o en las socialdemocracias del norte de Europa, aún hoy referenciales en muchas cosas. En el Berlín de los noventa. Con Mandela. O con Pepe Mujica en Uruguay o Portugal en estos momentos. Gente toda ella con corazón ciudadano latiendo a la izquierda en rojo apasionado. Con la

mayoría de gobiernos liderados por equipos formados en el interior degradado de los aparatos partidarios donde triunfan los mediocres y lameculos, ninguna gran transformación es posible. Aterrador. Los votamos con la nariz tapada, a menudo, pero participamos con ello en el aquelarre de proseguir con gobiernos contra nosotros mismos. Estos gobiernos insensatos, y muchos delincuentes, han propiciado el cabreo ciudadano. En la actual pandemia han mostrado su insuficiencia o ineficacia. Un ejemplo de estos días que sigo en facebook: el gobierno del derechísimo PP, en sus dilatados años de gobierno, se cebó en privatizar hospitales y residencias de ancianos o recortando la sanidad pública, robando a mansalva los euros que deberían haber invertido. Ahora, en plena pandemia que castiga desgraciadamente Madrid, no solo lo niegan: intentan que nos olvidemos de lo que vivimos. Y la delirante presidenta de esta comunidad pepera ahora antepone la economía al dolor y las muertes, con una desfachatez propia del peor franquismo alfa. Los ciudadanos callan. ¿Cómo no cabrearse con ellos? ¿Cómo entender que tantos ciudadanos sigan votando a tales monstruos? Ellos y muchos gobiernos les importa un cuerno cuidar a los ciudadanos desde servicios públicos de calidad y en proximidad, con tal de continuar en el poder. Continuidad deplorable que ha alumbrado y acrecentado la fiera del populismo que presenta soluciones simplistas y mentirosas ante lo que no va y nos hunde y el advenimiento de un nuevo fascismo con la bandera de la mano dura. ¿Culpables? Nosotros por votarlos. No echemos balones fuera. Continuando con el ejemplo hispano: Vox, directamente fascista, se sienta ampliamente en el parlamento, vomitando nazismo. Y lo toleramos. No lo ilegalizamos aludiendo razones de tolerancia. ¡Cuando se vomita odio, tolerancia cero! Solucionar esta infección política grave en nuestra democracia está en nuestras manos. ¿Democracia? Nos comen el tarro, nos infunden miedo y los volvemos a votar, obedeciendo alucinaciones en campañas electorales o votándolos para joder a quienes no piensan como nosotras o nos han decepcionado y cabreado. No creo que los grandes partidos se reinventen. Me tienta no votarlos en vida. Y votar solo a nivel de mi ciudad por equipos que sean agrupaciones de ciudadanos. Me hartaron. En esta cuarentena he desarrollado cuerpos víricos anti partidos acólitos de los que nos humillan y destruyen la casa tierra. No me siento orgulloso. Sé que debo controlar esta infección porque saldremos adelante solo desde lo público, sumando desde las diferencias: gobiernos pro-ciudadanos, asociaciones cívicas activas, movimientos ciudadanos, ciudadanos y nuevas organizaciones para la transformación. Sé también –y me reafirmo vehementemente– que las transformaciones las

impulsaremos y las impondremos desde una red de redes de ciudades. Quiero vivir para formar parte de este desafío. Creo firmemente en lo público. Pero sé también algo diferente: lo público ciudadano debe liderar las transformaciones para la plenitud de la vida en común. Los ciudadanos creativos y solidarios, primero. Ha sido mi credo desde joven. Después en mi trabajo en el ayuntamiento de Barcelona, desde profesor universitario para la dirección y gestión pública, formando a cientos de políticos y técnicos en España y Latinoamérica con entusiasmo, creí que los gobiernos, en especial los locales, podían impulsar las transformaciones que necesitábamos. En los últimos años, pero, con un sentimiento de desaliento, he regresado a mi juventud: las transformaciones debemos impulsarlas y liderarlas los ciudadanos en común, desde la pluralidad dialogada y pactada, sumando. Con los gobiernos locales, esperemos. ¡El primer sector es el ciudadano! En este encierro he restaurado con furia mi credo público ciudadano: lo compartiré con nueva pasión. Lo juro. Hace sol tras la ventana. El cristal me separa de la primavera. Escucho a mi vecino tocar la guitarra. Es bueno. Pero repite y repite. Estoy a punto de organizale un dúo. Vive en el edificio contiguo y creo que se quién es. Compone sobre un amor complicado en una ciudad desierta.

32. Lo americano ha durado 50 años

Regreso del balcón de mi casa al atardecer. Como cada día a las 20h en punto, los ciudadanos salimos para aplaudir al sector sanitario. Vivo junto al Hospital Clínico. A esta hora algunas ambulancias se reúnen en su fachada y suenan las sirenas. Salimos casi todos los vecinos: conozco mejor los de las casas del otro lado de la calle: jóvenes, parejas mayores, mujeres, al muchacho que cuida las plantas de su pequeña terraza como un tesoro, la primavera le ha regalado un tapiz de color, el facha contiguo sigue con banderas del antiguo régimen y hoy descubro una minúscula con el arco iris, la señora Botero se ha instalado un bicicleta y un inmenso sillón redondo donde toma el sol al mediodía, un par de gente muy mayor están siempre y al terminar se besan... El que vive en la esquina, pone un fragmento de La Primavera de Vivaldi. Un ritual. Somos barrio. Estamos en solidaridad, la que el modelo americano boicoteó e intentó anular después de la segunda guerra mundial, no fuera que nos decantáramos por los malditos comunistas. La CIA se empleó a fondo. Invirtió en recursos. Compró a personas significativas de la vida cultural, política, social y económica. Está documentado. La consigna era destruir la cultura europea de las complicidades, de las utopías conjuntas, de los sindicatos cooperativos. Los valores de la libertad debían ser controlados. Los de la

solidaridad compartida, desactivados. La propaganda y el dinero impusieron el estilo americano del individualismo, el consumo, la superficialidad, la competitividad, el éxito a cualquier precio, el aparentar y la vulgaridad como incultura glamurosa. Empezamos a enamorarnos del peor estilo americano dictado por la creciente y triunfante economía neoliberal. Había otros Estados Unidos, claro, donde aprender y compartir. Aquí, en la Europa que luchaba por reinventarse para salir de la miseria, triunfó Elvis, Lewis, el utilitario y la nevera eléctrica, con lo que representan. Lo que empezó como una guerrilla para evitar el contagio comunista, que no eran unos santitos y ocultaban exterminio, se convirtió en lo moderno. Pensar era de la vieja Europa. Consumir era el progreso. La economía capitalista insaciable nos abriría las puertas del paraíso, cuya antesala son las grandes superficies comerciales del deseo jamás clausurado. Por suerte, junto a tanta infiltración de consumismo glorificado, inventamos el estado del bienestar. Ahora sabemos el resultado de aquella invasión: desigualdad y derrumbe ecológico. Trump es su hijo ejemplar, el modelo del Triunfo Americano Desquiciado. ¿Vamos a seguir? ¿No es hora de reinventar Europa? ¿No son tiempos de cambiar de modelo mundialmente? Con 50 años tenemos suficiente. Nos hartaron estos americanos. Hay otros de magníficos.

33. Nos olvidamos del sentido, imbéciles

Toda la artillería comunicacional del capitalismo primero extractivo, después salvaje y ahora solo destructor, ha tenido por diana bombardear, derribar y destruir el hilo sagrado que todavía funda e impulsa la vida: el apoyo mutuo, común, entre diferentes, el respeto y la colaboración, la creatividad compartida. El paso de la cultura animal a la de humanos fue posible gracias a la civilidad: al sentirnos familia capaz de imaginar futuro y construirlo juntos y para todos. Esto nos constituyó como *sapiens*: si compartimos, respetándonos y cooperando, avanzamos. Los machos alfa tuvieron que adaptarse. La panda de lo catastrófico para sacar partido para solo ellos, saben, inteligentes, que juntos siempre salimos adelante, con heridas, pero en pie. Saben que somos *sapiens* porque somos sociales. Y ellos quieren que seamos solo clientes y votantes. Manipulables. Miedosos. Vulnerables. Sumisos. ¡Imbéciles! Su estrategia oculta está en debilitar los lazos sociales, de vecinaje: ¡la ciudadanía! Ahora está laminada, cubierta por una capa de cenizas con destellos de purpurina. Despertémonos: el sentido ético, cívico, reinventado para lo común otro nos hará libres, solidarios e invencibles. Reconstruyámonos desde la ayuda mutua/solidaria local, de pueblos y ciudades en red, en cooperación con la

gran y plural familia *sapiens* del mundo, vulnerable y humillada. Continuo con mi lista de notas para la línea de salida.

a. No olvidemos que los gobiernos se han visto obligados a prestar cuidados en esta pandemia infinita, pero que la minoría salvaje de los extractivos insaciables, la miran por la tele en sus mansiones ajardinadas mientras incrementan beneficios. Desean más.

b. Repensémonos esta vez desde nuestras vulnerabilidades constatadas y no desde el mercado: gritan que se tambalea, pero nosotros estemos por el consumo desacelerado, crítico y boicoteando corporaciones especialmente siniestras como las del petróleo, el carbón, el plástico, los bancos y las chupas sangre de datos.

c. Interioricemos y compartamos que ésta es la enorme crisis que debe alumbrar futuros compartidos: si volvemos a bailar sobre el olvido, la otra será imparable.

d. Lo peor que nos puede pasar está en regresar a la cotidianidad, olvidándonos de cómo hemos llegado a la pandemia: con unos servicios públicos estresados, tensiones de las grandes corporaciones para que siguiéramos esclavos trabajando en sus organizaciones jugándonos la vida, las trifulcas entre partidos abominables usando el dolor para sus votos, las proclamas nazis de abandonar a los ancianos. Y olvidándonos también de la heroicidad del sector sanitario y otros voluntarios inolvidables. Solo desde la experiencia real, tan contrastada, podemos codiseñar el mañana.

e. Las instituciones políticas deben ser transformadas radicalmente, empezando por la burocracia europea al servicio de la tiranía económica.

f. No aceptaremos ninguna rebaja engañosa: las cargadas con el miedo, desenmascarémoslas.

g. Nuestra estrategia consiste en la lucha diaria personal contra cualquier humillación y manipulación y la movilización colectiva frecuente.

i. Viviremos más inseguros, pero no dejaremos que el autoritarismo avance un centímetro.

j. No más cultura glamurosa para el no pensar y quedarnos en casa o el simple aplaudir como borregos.

k. Primero la dignidad, después la economía.

l. Cambiemos la competitividad por la cooperación.

ll. Cuando nombremos esperanza hagámosla sinónimo de posibilidades por más improbables que nos parezcan.

m. Dejemos de auto-explorarnos compulsivamente: es un narcisismo que encierra.

ñ. El nuevo dios totalizarte se llama Algoritmo.

- o. La comunicación pública no pasa por la conexión entre pantallas: es directa, interpersonal, movilizarte.
- p. Somos nosotros pisando respetuosamente tierra: no números ni dígitos.
- q. Los inmigrantes son ciudadanos, no cargas.
- r. Estamos al final de las grandes certezas: mejor situarnos.
- s. Debemos ser inter activos: cambio climático, sanidad, economía circular, renta mínima, no ignorancia...
- t. Escuchemos a los más de dos cientos millones de aborígenes que todavía aman y respetan la tierra.
- u. Uuuuuffffffff!!!!!!!

34. No más donaciones privadas de bandidos ricos

El dinero negro, estafado, narcótico, delincuente, mueve el mundo de la política. Hemos de exigir una separación absoluta entre economía de empresas y sus fundaciones para la cara bonita y el disimulo delirante, aportando dinero al el ámbito de lo público. Lo público debe rechazarlo por ley. Lo público se sostiene, básicamente, del pago de impuestos que deben crecer grandemente para el sector de los más ricos sin paliativo alguno: la redistribución es un derecho ciudadano. Y a los riquísimos, atornillarlos. Incluso grandes riquísimos están de acuerdo. Cuando uno contempla el equipo público de la delirante-bestia-rubia Trump/Calígula, se da cuenta que ha colocado a los ricachones que donaron dinero a su atroz campaña. Todos con pasados de pistoleros honrados y todos tomando decisiones contra los ciudadanos. Es el ejemplo estelar: detrás de él podemos rastrear donaciones altamente interesadas en la mayoría de campañas electorales y grandes contratos públicos. Este concubinato putativo debe terminar, cortando quirúrgicamente el flujo. No vale el eterno lamento salmista que airea que en lo público no hay suficiente dinero. Yo estuve: lo hay. Otra cuestión es cómo se gasta. Y quien no se vea con fuerza para gestionar lo público, que no se presente de candidato y ponga una peluquería bisex, honradísima. ¿Ingenuo? Decente. Y apasionadamente público. Punto. Debo cocinar: alcachofas fritas crujientes y un pescado a la plancha. Rica simplicidad. Y un vino rosad un poco afrutado. Postres, peras troceadas con queso azul. Casi no como carne. Y evito salsas y comidas cargadas de grasa y condimentos. Me cuido, pero engordo.

34. La única religión de nuestra época fracasó

Después de tanta inteligencia desinformante invertida, de tanto esfuerzo seductor y de tanta rapiña obscena, de tanto triunfo grosero, la Gran

Religión del Mercado Absoluto, lo ha atacado un bichito mortífero y se desinfla. No está muerto. Pero tiene diarreas de mal agüero. Se tambalea en las casas inadecuadas para la cuarentena ante preguntas inoportunas: *¿cómo hemos llegado hasta no tener hospitales que nos cuiden, cómo pueden estos cretinos a obligarnos a ir a sus empresas con riesgo a infectarnos, estamos todos descerebrados? ¿En qué pueblo, ciudad, mundo vivimos? ¡Hartos! ¿Este es el gran mundo que vamos a legar a nuestros hijos y nietos? ¿Nos han drogado? ¡Hijos de la gran puta de la muerte en cámara lenta! ¡Pandilla de sinvergüenzas mafiosos unidos para solo lo vuestro! ¡Sois escoria!* Lo leo en las redes. Hay cabreo. Conuerdo. Sé escuchar. Estamos avanzando grandemente en comprender el capitalismo de la catástrofe que es un cáncer con metástasis mortal en el cuerpo del capitalismo productivo y redistributivo. En el que ahora están en auge las empresas de la tecnología de las comunicaciones, los datos, la inteligencia artificial y las distribuidoras, junto a las grandes corporaciones del petróleo y todos los contaminantes, las de las guerras y las inmobiliarias o los bancos todos, chupópteros de sangre. ¿Exagero? No soy fino ni empleo insinuaciones. ¿Mostrar la realidad que nos esclaviza y humilla es inadecuado? Harto de lo políticamente correcto. Es la frasecita yanqui para ocultar lo pornográfico social. Si no denominamos las cosas que nos han llevado a la larga crisis del mundo que esta pandemia corona con excelencia, nunca decidiremos la otra vida y mundo donde queremos vivir para no sucumbir. No desmantelaremos el mundo de los pocos para la catástrofe, que han convertido sus sucios y despiadados negocios en Religión del Mercado Absoluto. Espero que esta pandemia lo infecte de humanidad común. La temen. Decir no, no bastará.

35. Reparemos el déficit cívico: amanecerá

Me levanto temprano en la primavera del encierro. Tomo notas con mi estilográfica amarilla, con urgencia, rápido, como si el tiempo se terminara o una nueva luz me deslumbrara desde los tejados de las calles. Después abro el trasto y escribo, lentamente. Estoy convencido, en esta mañana clarividente, que nos hemos de encontrar más frecuentemente en las plazas públicas, en los espacios comunes para la cultura, cerrando pantallas individualistas y facilitadoras de datos que usaran para atornillarnos mejor. Cuestionemos radicalmente, al mismo tiempo, la relación entre trabajo, dinero y acceso a los recursos. La religión de mercado que hemos construido como atmosfera para la vida desde estos elementos distorsionados, donde todo debe comprarse competitiva y imperialmente para ser alguien, no aporta la calidad de vida que

queremos experimentar y compartir. Derrama violencia tóxica: ya nos ha envenenado suficientemente. Como primera medida, aislemos a los economistas siniestros y políticastro que proponen cualquier recorte del gasto/inversión social, por peligrosos públicos e idiotas burros. Espero que lo hayamos decidido en la intemperie de la epidemia que nos ha facilitado pensar más radicalmente, para abandonar automatismos enquistados y sarnosos. Es urgente repensarlo todo/todo de nuevo, sin caspas. Ahora nos toca reescribir las reglas para el amanecer después de tanto dolor y muerte. No lo haremos pacíficamente. Los lobos estrenaran nuevas garras más afiladas, seductoras y malolientes. Perfumadas con buenismos varios. Hagámoslo ya: quien imagina primero siempre gana. Recordémoslo y expandámoslo. La pauta para reescribirlas no es la puta economía de la catástrofe ya siniestra: la pauta la propone el asegurarnos que cada ciudadano dispone de las condiciones necesarias para el vivir con dignidad. Olvidémonos de la normalidad superficial en la que hemos solo sobrevivido los más. Esta normalidad diseñada e implantada por el Dúo Tiránico de capital y gobierno, está devastando la tierra y acrecienta la desigualdad sin piedad. Hemos apagado esta máquina por un breve tiempo. Prendámosla ahora desde la ética, la sensibilidad, la conciencia y la ciencia. Desde la cultura que vislumbra futuro creativo compartido. Debemos preguntarnos, incesantemente en esta reinención para otro amanecer, qué nos es útil, después que las finanzas ahogantes han mordido polvo. Y, al mismo tiempo, preguntarnos radicalmente, quién decide. Solo desde aquí hay vida en plenitud compartida. Oigo nítidamente campanas. Releo el texto: hay un halo de poesía épica. ¿Será porque en la cama antes de dormir leo poesía? ¿O porque la vida y el mundo que espero lo deseo en esta tesitura después de tanta prosa macarrónica y maloliente? Antes las campanas no existían.

Para reescribir las reglas debemos dotarnos de consensos mundiales: vivimos en la casa común desde la pluralidad interconectada. Una noche que amenaza insomnio matutino busco algún libro en mí desordenada biblioteca y el destino pone en mis manos un pequeño texto: Hacia una Ética Mundial. Contiene la declaración del Parlamento de la Religiones del mundo. La letra es demasiado pequeña, pero lo absorbo. Liderada por Hans Küng, teólogo ecumenista, en 1993 ya plantea que ante el mundo que agoniza y todo zozobra terriblemente, necesitamos una ética mundial común para la civilización mundial, un acuerdo básico en cuanto a valores vinculantes, criterios inamovibles y actitudes personales y comunes indispensables. No es posible un nuevo orden mundial sin una ética

mundial, clama. Y propone que esta ética de mínimos consensuada aborde la cultura de la no violencia y respeto a toda vida. El compromiso a favor de la cultura de la solidaridad y un orden económico justo. El compromiso a favor de la tolerancia y un estilo de vida coherente. Y el compromiso a favor de la igualdad y la fraternidad entre hombre y mujer. A partir de aquí plantea la ecología, la miseria, el desprecio a la justicia, la interdependencia responsable y otras cuestiones ya inhumanas. Si en la década de los noventa la declaración era profética y apremiante, en el post coronavirus esta ética es imprescindible para otro futuro. En el mundo, las ciudades y los pueblos. Es semilla.

36. No dejemos que se salgan otra vez con la suya

El silencio impresiona: abres la ventana, sales al balcón, no hay coches en la calle, alguien va a comprar. El aire está más limpio. Dentro, estos largos días han saturado la atmósfera con un sosiego que a menudo no quiero romper para escuchar a Bach, el genio de las pasiones y las cantatas. Por las tardes caigo en la tentación de saborear un poco de chocolate negro con avellanas. Sé que estamos en tiempo de espera y, al mismo tiempo, en tiempo de efervescencia intelectual, de visión, porque debemos rediseñar las reglas culturales, ciudadanas, políticas o económicas para reconfigurar la vida común y el planeta desde la solidaridad, la mutua confianza cooperante, dotándonos de organizaciones ciudadanas y gubernamentales otras para el cuidado de la vida-en-común, dominada por el poder económico absolutista y omnisciente. Estamos preocupados. Pero con solo gestos y preocupación no lograremos la transformación imperativa. Ni con la actual indignación, que es mucha, pero no suficiente. El no ya no basta, insisto. Debemos estar conscientemente convencidos que necesitaremos una contundente desobediencia civil porque en seguida aparecerán los cataplasmas, las tiritas, los consuelos para seguir en lo mismo con los papagayos de siempre. Repitiéndonos que la economía de la catástrofe se rehará y restaurará. ¡No! Queremos una economía al servicio de los ciudadanos y con control democrático. Y una gobernanza con los ciudadanos. Sabemos cómo queremos vivir. Proclamémoslo. Sin titubeos. Y luchemos juntos, un par de palabras a resucitar y compartir.

37. Tanto funeral no será en vano

Tantas muerte de inocentes, de ciudadanos que cuidábamos en residencias, de personal sanitario que ha donada su vida por salvarnos, tantos enfermos llenando los hospitales públicos, polideportivos o hoteles

no pueden quedar como números de una tragedia, como noticias en telediarios históricos. Sería una broma macabra. Debemos salir a la cotidianidad para la acción conjunta que construya una vida realmente feliz, plena, no asfixiada, centrada en la gratuidad, el placer, la amistad, el vecinaje, la solidaridad, el compartir, la renta ciudadana básica, los aprendizajes continuados otros, la cultura como experiencias emocionantes cargadas de futuro. Hemos de salir a la calle juntos. Y potentes: esta vez *no nos desactivarán*. Cuando salgo a aplaudir este no nos desactivarán me llena de fuerzas para un aplauso rotundo. Termina de llover y en el horizonte de la ciudad se dibuja un tenue arco iris.

38. Autonomía de las redes ciudadanas en movimiento

Nuestro mundo ha funcionado, con todas las críticas que se quieran, a partir de tres grandes y desiguales esferas: la esfera de los gobiernos, ahora desacreditada y sin confianza por las políticas toscamente neoliberales impulsadas por derechas e izquierdas, la esfera de las empresas que desde los ochenta han transformado el capitalismo productivo en un capitalismo de religión única destructiva desde una pequeña élite de inhumanos ya sanguinarios por más que se presenten grandiosos y con buenismos ocasionales para lavar sus manos y la esfera de los ciudadanos convertida, con consentimiento mutuo, en clientes y votantes, cada día más individualistas y menos coorganizados. He ido apuntándolo. Ahora me detendré. La tragedia está en la esfera ciudadana hiper-dependiente de las otras dos. En el post coronavirus la primera gran cuestión es cortar este vínculo viciado, supersticioso, que nos hace creer y actuar como consumidores y súbditos administrados. A la mierda este vasallaje ahogante que nos ha llevado hasta la miseria en servicios públicos esenciales y al espanto del sector destructivo que, agotado y enfermo, pretende que continuemos en sus empresas como bueyes ciegos y comprando lo innecesario. Basta de buitrierio. Los ciudadanos debemos construir nuestra autonomía fuerte, audaz, potente. Para, después, dialogar y pactar otro mundo y vida. Subrayo: potente. Actuamos casi siempre como si tuviéramos que pedir permiso. Con espasmos. No debemos pedir: debemos exigir e imponer dignidad, igualdad, respeto a la tierra, a la vida. Pongamos punto final a la supervivencia. Ahora con entusiasmo combativo. Si no, no entienden. Continuarán manipulándonos porque son sumamente inteligentes y van sobrados de medios. Es nuestro gran desafío. Inédito. Para afrontarlo, debemos ser capaces de movilizarnos. Necesitamos, lo he apuntado, nuevos Gandhis, Luter Kings o Mandelas. Necesitamos, especialmente a los jóvenes y muy jóvenes. La

mayoría de adultos estamos carcomidos por los virus de la economía extractiva y los gobiernos partidarios exhaustos. Necesitamos a nuestros mayores después que en esta epidemia se hayan levantado voces hitlerianas de exterminio. Necesitamos a los inmigrantes. Y las mujeres. La gran incógnita es cómo organizamos esta movilización local y universal para reinventar la vida y el mundo. Nosotros. Sin muletas. Después ya dialogaremos. Pero no haremos, jamás, sus santas voluntades. Son funeral. Confío en la inteligencia ciudadana común.

39. Empecemos por la conciencia climática práctica

El motor primero para la gran e imprescindible transformación está en la conciencia climática universal. Necesitamos una docena de Gretas. Empecemos por la conciencia práctica del decrecimiento, el no comprar ningún producto contaminante, no contaminar nosotros e imponer la contaminación cero. Sin un paso atrás. No votemos a ningún partido que no la sitúe en el corazón de sus propuestas, junto a la igualdad. Desenmascaremos a las empresas que usan la ecología como marketing engañoso. El la hora del boicot. ¿Por qué la ecología? Porque la conciencia medioambiental propone una movilización transversal para salvar la tierra en agonía desde otro sistema de vida cotidiana no dominado por la economía de la catástrofe y los paños calentitos de las medidas políticas que se quedan en nada. Ya es nuestra lucha: debemos convertirla en imparable, exigiendo resultados, leyes, regulaciones, proyectos de energías no fósiles y día de caducidad de las contaminantes, sin aplazamientos. Y día, también, de contaminación cero. La ONU, si quiere dejar de ser un cadáver maloliente, debería liderar esta lucha y evaluar resultados con transparencia. Pretende hacerlo: tiene las manos atadas.

40. Escrito a mano

Facebook es un inmenso río de mensajes. Bastantes huelen mal. Pero algunos golpean por su sinceridad y contundencia. Éste está escrito a mano con letra titubeante pero pensamiento y acción firmes: *no necesitamos tener tanto, comprar tanto, acaparar y aparentar tanto, ni preocuparnos tanto*. Rebueno.

41. Montarán lo inimaginable para disolvernó

Viernes santo. La pasión y crucifixión de Jesús de Nazaret es, seguro, el tema que ha suscitado más arte pictórico, escultura e impacto emocional. La crucifixión de este campesino judío mediterráneo, voluntariamente pobre entre los pobres, andariego para compartir insurrección frente al

poder avasallador de la casta sacerdotal del templo de Jerusalén, aliada con el poder romano invasor, anunciando igualdad y solidaridad, horizontes abiertos al infinito, amor sin fronteras, es histórica. Me conmueve la conmemoración sobria y ritual de mis monjes en Montserrat. Me dejan largo tiempo en silencio. Emocionado. Después, regreso al texto. Con calma. En mi casa fluye una atmósfera de tranquila espera. Me sugiere que deberemos vivir y convivir a contracorriente. Con la epidemia constatamos que todo está roto. Ahora necesitamos reunir muchos experimentos concretos de emprendedores sociales y culturales, ecológicos, de visionarios con los pies en el fango, de solucionadores cómplices con la vida. Asumámoslos como propios, vitales. Más que nunca debemos abrirnos a lo improbable. En lo improbable late vida liberada. Deberemos vibrar desde las diferencias ciudadanas, políticas, económicas o culturales con intensidad común. Lo necesitamos para escribir el ritmo de la transformación que será paulatina, pero constante. Porque no queremos seguir ahogándonos. No deseamos seguir expandiéndonos desde un crecimiento sin sentido y con fecha de caducidad ya marcada. Malvivimos en el interior de un capitalismo y una política que ya apesta. Momificados. Salgamos de este espanto. Rompamos esquemas, murallas, dogmas, fronteras, estupideces o mandamientos para labrarnos otra vida en plenitud, digna, desde la inteligencia colectiva, como vecinos cívicos y cooperantes, aceptando la automatización solo si nos facilita menos trabajo con salario básico ciudadano y oportunidades para la educación permanente, el cuidarnos, estar con la tierra, compartir cultura. Hoy sabemos, en la epidemia de este viernes larguísimo, que hay algo el capitalismo salvaje y la política mezquina que no pueden hacer: cuidarnos y curarnos. Cuidémonos mutuamente. Curémonos desde las calles y plazas, redescubriendo la vida desde la acción ciudadana cómplice. Volvamos a reenamorarnos de la cotidianidad y el construir, desde la cultura cívica, nuestro futuro. Desde el amor cívico. No debe espantarnos la complejidad que nos espera. La superaremos desde la autonomía ciudadana inteligente y potente. No nos desesperaremos. Porque aprendimos que donde está el peligro, habita la salvación. Nos hemos despertado en medio del dolor, la muerte y el confinamiento. Y hemos experimentado luz todavía titubeante, confianza en nosotros, juntos. No más reglas impuestas para laminar la vida. La epidemia abre un nuevo y diferente comienzo. Necesito una copa de vino.

42. En la asfixia, ¡solidaridad!

El sábado por la noche he seguido pegado a mis monjes. Desprenden un hilo de lo sublime, tangible. En el atrio del monasterio, solos en la oscuridad, encienden un fuego, penden su luz a un grafiado cirio y después todos encienden de él su propia luz. Están juntos. Y cantan: *¡resurexit!* Y entran en la basílica. Como ritual, como símbolo, como concentración de sentido, es insuperable. ¡La noche iluminada! Lo sigo después de cenar hasta más allá de media noche. La ciudad está silencio. Mañana tenía que terminar el segundo confinamiento: se alargará. No tengo sueño. Mañana es Pascua. Mañana es el gran paso. Mañana es transformación. No abstracta. La iluminación para la vida en plenitud la enciende la ética civil. Ya no más tiniebla que nos ha encerrado: la economía no está por encima de nuestras vidas. ¡Miserables! Y la política no puede ser timorata y nada transparente. Sentimos rabia. Es peligrosísima porque fermenta fascismo. Debemos combatirla desde abajo: desde la ciudadanía decidida, a pie de plaza. Con ciudadanos comunes desde ciudadanos plurales. Denunciando y boicoteando, sin misericordia, a sus promotores engreídos. No más crecimiento con nuestro sudor, no más expansión desde la explotación, no más competencia para alimentar a un puñado de lobos y unas gallinitas políticas domadas. Rimbaud lo predijo y no lo quisimos entender: *¡desregulación!* No tengamos miedo a esta vital aventura. Tenemos que preparar el gran advenimiento de lo siempre esperado y constantemente postergado: el advenimiento de la plenitud de la dignidad humana desde la amistad emprendedora y cooperante frente a la competitividad de los más fuertes autoritarios. Lo humano no es lo que estamos viviendo. La riqueza no está en la acumulación insaciable: está en la calidad de la vida-en-común desde la igualdad, las utilidades no sumisas y la libertad democrática solidaria. Desde la ilusión, la euforia. Fin de la humillación, la devastación. La barbarie disfrazada de progreso. Alcemos nuestra voz. No desde la abstracción: con vibración sensitiva de diálogo y si es necesario, con un golpe encima de la mesa. Para que nos entiendan. La derecha profascista y la izquierda timorata nos lo pondrá muy difícil. Ni un Tony Blair o un Trump más. Frente a ellos y a los lobos que atesoran la riqueza común esquilada, inteligencia colectiva estratégica. La banalidad malvada del capitalismo agresivo y la política contra los ciudadanos o termina o nos terminan. Después del largo aburrimiento de la reclusión con dolor, estamos dispuestos para la próxima aventura ciudadana. Que empezó en el mayo del 68. La batalla final larga. Ya ha empezado. Tal vez termine en el 2068.

La tarde de este sábado debíamos empezar la programación continuada en el monasterio románico de Sant Llorenç del siglo X y reinventado desde la arquitectura contemporánea. Era nuestra cuarta propuesta, centrada en la conciencia climática. La hemos suspendido y todo indica que deberemos proponer encuentros desde la cultura creativa para la solidaridad cuando sea posible encontrarnos con todas las precauciones necesarias. Lo haremos. La cultura es un servicio público básico. A nuestro equipo y a un amplio conjunto de ciudadanos de los pequeños pueblos de alrededor y cada día más visitantes, nos apasiona. Nos cuida. Nos energiza. Nos impulsa a vivir con más confianza y interrelacionados. En el monasterio compartimos casa creativa para después intensificarla en la cotidianidad desde una vida más chispeante y confiada. Lo extraño. Enormemente. Es ya mi patria. www.civitascultura.org

43. Dos mensajes pascuales desde el confinamiento

Me gusta compartirlos en facebook: los escribo desde la cultura de proximidad creativa y colaborativa, desde la experiencia de equipo en el Monestir de Sant Llorenç, en las montañas, rural, artesanal, con trabajo voluntario. Los acompañan dibujos personales. El del viernes de crucifixión: *solidaridad, cultura, cooperación, civismo, basta, EN EL VIERNES DEL DOLOR Y LA MUERTE ENTRE CIUDADANOS ENJAULADOS E INDIGNADOS, transformación, reinención, audacia, insumisión, no violencia*. El del domingo de resurrección: *juntos, ética, poesía, desafío, movilización, EN LA PASCUA AHOGADA POR LA CODICIA FINANCIERA Y LA POLÍTICA COBARDE, horizonte, ecología, amistad, alternativas, decrecimiento, imparables*. Cada día me apetece más ligar poesía, ética y cultura.

44. No es no y sí es acción

En los post aplausos del anochecer, este rito tan pequeño con un significado tan de agradecimiento colectivo, señalo furioso a lo que debemos gritar un inmenso *¡no!* rotundo, categórico, unánime, y un *¡sí!* entusiasta.

- a. No al pánico, al pensar que esto cambiará en poco tiempo, al imaginar que la transformación la lideraran los partidos/gobiernos y las organizaciones económicas.
- b. No al creernos que los grandes medios de comunicación optarán por el cambio.
- c. No al control autoritario y, seguro, virtual.

- d. No a la espectacularización sentimental del desastre para ocultar las líneas de rotura imprescindibles o el apuntarse a lo paralizante.
- e. No a la manipulación genética o biológica y ojo con la inteligencia artificial. Las pandemias serán más siniestras.
- f. Sí al cuestionamiento del actual sistema de producción y consumo, a la democracia más directa con ciudadanos en sus organizaciones, a la bioecología general.
- g. Sí al decrecimiento crítico y planificado, a las informaciones precisas y contrastadas desde un periodismo a reinventar, al sentido común deteriorado y derrotado.
- h. Sí al ser consecuentes con el test de humanidad que comporta la epidemia, a las aportaciones plurales de los ciudadanos para la movilización transversal conjunta. Y, cuando sean necesarias, las huelgas y la desobediencia civil.
- i. Sí al largo plazo con empuje de transformaciones constantes, potenciando la inteligencia colectiva que nos falta en cantidad, calidad y potencia.
- j. Énfasis en el *¡sí!*, por favor.

45. Regreso al trabajo: mando el gobierno a la insignificancia

Con más de 170.000 infectados y más de 600 muertos hoy, 14 de abril en Catalunya y ayer en España, el gobierno saca de la cuarentena a los trabajadores de la construcción e industrias pesadas para que regresen a sus trabajos, regalándoles una mascarilla higiénica. Me harta tanta crueldad. No es mi gobierno. Solo me debo a los ciudadanos autorganizados para la gran transformación que los gobiernos impedirán en nombre de los buitres económicos. Saldremos adelante porque amamos la vida. Abro el balcón y grito. Hoy se abre la puerta a los empresarios que ponen sus negocios por delante del dolor y la muerte. No pueden esperar, los buitres siniestros. ¿Cuántos muertos necesitan para ser humanos?

46. La humillación trumpista debe iniciar el *basta* universal

La fase escalofriante del inicio del fascismo de nuevo cuño la ha explicitado Trump con la constante humillación de los otros que no somos de su círculo alfa de ricachones extractivos y políticos para los negocios. El fascismo histórico es fruto de la sobre excitación juvenil machista que empuja un gran progreso expansivo y colonialista. Estamos en un fascismo reinventado. Con el trumpismo intrínsecamente violento nos instalamos en el punto álgido de la monstruosidad en la política contemporánea que

inaugura la constante humillación de los ciudadanos planificadamente. A la máquina del capitalismo destructivo, el monstruo delirante le ha unido la de la mentira política abrupta para engatusarnos desde el peor de los nacionalismos exclusivos, el miedo a los inmigrantes y a todos lo que no se configuran con su pensar y actuar. Niega la conciencia ecológica para poder seguir creciendo, desprecia los empobrecidos, liquida la poca sanidad pública, exalta la guerra. No le importa la vida de los ciudadanos ni las vidas por muerte de la pandemia: primero es la Sagrada Economía. Canta el asesinato de los débiles. Es el triunfo de la muerte desde la que gestiona miedo y pánico. Su política se basa en la opresión, la violencia y el sufrimiento. Frente a esta tiranía expansiva, trampista como bandera que está potenciando tantas otras en nuestros estados, ciudades y pueblos, multitud de ciudadanos nos sentimos abandonados, despreciados. Y cabreados. Entonces aparece el pánico y la depresión. Nos sentimos en colapso. Impotentes, que es lo peor porque comporta auto desprecio. Esta pintura siniestra, realista al estilo de las del Goya negro, corona espeluznantemente el tiempo iniciado por la dama de hierro Thatcher al inicio de los ochenta y la resucita en maldad acrecentada. En estos esplendores de la oscuridad trumpista, que en el coronavirus se manifiesta en su terror más desquiciado, quien no haya reflexionado críticamente sobre la humillación que sufrimos por parte de la economía abusiva y los gobiernos que nos han abandonado durante años, está disecado. Es un muerto viviente. *Réquiem*.

47. La nueva democracia se llama solidaridad

Paso unos días en malestar, del que intento zafarme pintando más a menudo con trazos rápidos y nada sutiles, dominando el negro. Y durmiendo un poco más, pasando de los telediarios. Paulatinamente le doy vueltas sobre cómo el bombardeo financiero, la desactivada política y la espantosa pasividad ciudadana ha dañado nuestra democracia hasta dejarla en un cascarón vacío, en una palabra sin futuro. La tempestad perfecta de la impotencia política gubernamental y la sosez ciudadana con sus débiles organizaciones cívicas -en extrema incapacidad por pasividad manifiesta ante los grandes retos- y la potencia del capitalismo totalitario, la han relegado a la impotencia, a la inconsistencia, a la irrelevancia, propiciando el auge de los nuevos populismos y fascismos que ya están en los parlamentos implantando la dictadura de la ignorancia, la destrucción sistemática de lo público. Ha surgido del cabreo ciudadano causado por la política de la mezquindad, el robo público o las privatizaciones, por no cuidar a la gente y dejarla con el culo al aire, abriendo vía libre a la

precariedad y las vulnerabilidades huracanadas. Me duele. Y tengo una intuición: el nuevo nombre y organización pública de la democracia desmantelada se llama *¡solidaridad!* Y uno de sus instrumentos, de sus útiles prácticos, será no los parlamentarios retóricos y ensimismados: la potente fuerza del contacto directo en las plazas entre ciudadanos plurales erotizados, como un solo cuerpo-común, que se moviliza desde la conciencia de algo que es vital para nuestras vidas y lo queremos sí o sí. Se moviliza, primero, porque apelamos y compartimos el sufrimiento feroz al que nos han sometido, a la depresión creciente que oprime nuestra vida cotidiana, vecinal, psíquica, sexual. Respiremos juntos para conspirar juntos. Compartamos el dolor y lo que no va. Dotémonos de un ritmo propio en la actual aceleración. Nos movilizaremos y conspiraremos porque una infinita multitud vibramos intensa y conjuntamente, subversivamente, hartos. Y al mismo tiempo dialogaremos, sumaremos, pero sabedores del qué queremos y que lo conseguiremos. Desde la solidaridad en movimiento tenemos futuro a pesar de que el crecimiento del progreso como lo hemos practicado hasta ahora se canceló. Pero otro es posible: reconsideremos el poder común de la felicidad desde la vida pública solidaria, radicalmente diferente a la actual que nos ha conducido casi al precipicio. Esa intuición me reconforta.

48. Querida y reinventada huelga

Cansado de anotarlo: el concubinato del espanto entre buitres neoliberales crecidos y palomas de gobiernos sumisas, entre otras lindeces, se ha ocupado de destruir las huelgas. La infame Thatcher se empleó a fondo, a martillazos, para dar ejemplo. Ya antes del coronavirus han surgido, felizmente, otra vez para reclamar mejoras en la sanidad, la enseñanza, el cuidado de la gente mayor, los salarios... Los movimientos sociales apuestan por ella como instrumento de presión duro. Huelgas frente a los que quieren hacernos ignorar lo importante en la vida. Huelgas frente a los que mienten abruptamente en cuestiones capitales para no asumir responsabilidades. Huelgas frente a las privatizaciones de los servicios públicos básicos. Huelgas porque no queremos continuar todavía más anestesiados, doblegados, atomizados, pasivizados. Primero, movimientos. Después huelgas. No podemos quedarnos abducidos ante las pantallas, embobados. Sabemos que lo que nos espera no lo lograremos como un disparo. La lucha será larga. No lograremos nada con un clic. Lo haremos sabiéndonos herederos y cómplices de los que lograron derechos humanos, la igualdad de los mujeres o entre diferencias sexuales y la dignidad de los negros, el respeto y el cuidado de los

ciudadanos...Son escuelas donde aprender. La huelga es extraordinariamente solidaria y apunta siempre a un núcleo imprescindible para la vida-en-común digna. Y es desafío. En la huelga nos abrazamos para seguir adelante, para que no nos pisoteen más y mejor. La huelga desafía, a menudo, la producción y el rendimiento como valores absolutos para nuestras vidas. En la huelga somos comunidad de esperanza cierta.

49. Debemos recuperar la desobediencia civil

Cuando tenía la edad para hacerme hombre (!) en el servicio militar obligatorio en la España del Caudillo Franco, me hice objetor de conciencia: desobediente civil. Lo juré, en un pequeño ritual, una noche de verano, en el bosque iluminado por la luna, en presencia de Lanza del Vasto, discípulo directo de Gandhi. Estaba dispuesto a que me encarcelaran. Habríamos sido, con el compañero que lo juramos, los primeros desertores antimilitaristas del país. Él fue a la cárcel. Yo no porque, a pesar de mis esfuerzos por engordar, cuando me midieron el pecho, era raquítico. Le rogué al militar. Ni caso. La desobediencia civil es, cuando las huelgas no son escuchadas, el instrumento. Gandhi derrotó con ella, pacíficamente, al Imperio Británico. Pide una fortaleza ética, energética, de voluntad, increíble. Y una paciencia inquebrantable. Pero está en nuestras manos colectivas. Es el más potente y temido desafío. Y exige una entereza y una voluntad rayando al sacrificio heroico. La desobediencia civil nos pide estar estrechamente intercomunicados para algo en que nos jugamos vida.

50. Salgo a comprar el periódico: ya avanzan los controladores

Hace unos días que puedo salir a caminar en un horario fijado. No lo hago. Estoy en la franja del personal de riesgo. Hoy, finalmente, me decido a comprar el periódico al kiosco de la esquina. Mi compañero me avisa que debo pagar con tarjeta de crédito. Él ha hecho así la compra durante la cuarentena. Me pongo la mascarilla y unos guantes de plástico transparentes. Abrir el portal del edificio es una experiencia. Andar bajo los árboles verdes, otra. Y otras el cruzar la calle, esperar fuera en fila a dos metros del que espera, intercambiar con Manel... y pagar el pequeño precio del periódico con tarjeta. Regreso crispado: no quiero que me rastreen en nombre de la seguridad. No quiero telesalud, teletrabajo, teleescuela, telecultura, telecompras. Odio esta telemierda. Estamos inaugurando, a lo grande, el sueño de las corporaciones del capitalismo de las pantallas. El capitalismo autoritario, totalitario, sin fronteras. El

capitalismo del control absoluto de nuestras vidas. No somos biopeligros. No quiero todo cómodamente en mi casa. No quiero ser rastreado constantemente. No quiero que todo lo mío se quede en datos. ¿Algunos gobiernos van a controlar democráticamente a estos insaciables? ¿Qué vamos hacer los ciudadanos: telepagar y callar? La acumulación de datos es la siguiente epidemia impulsada por el post capitalismo destructivo. Tengo ganas de exilarme en el monasterio en las montañas Lo fundaron tardo romanos asqueados de violencias y derrumbes. Se refugiaron en unas cuevas que todavía existen como anacoretas. Cortaron con todo. Solo anhelaban el infinito. No abandonaré la ciudad: en las ciudades decidiremos nuestro futuro-en-común.

Salgamos del confinamiento con confianza.
Hemos tenido tiempo para comprender en su silencio
quiénes son y qué se proponen los extractivos salvajes
y los políticos que nos han abandonado.
Nos hemos sentido vencidos y esclavizados,
nosotros que somos la democracia dormida,
pero nos hemos despertado inquietos
por tanto dolor y muerte en el entorno.
Ahora vamos a regresar a las plazas
con una nueva y diferente luz ética
para poner dique a las aguas infectadas
que nos han ahogado desde hace demasiado tiempo.
Ya no soportaremos más sus juegos manipuladores
de una violencia que avergüenza a las fieras,
porque hemos recuperado el aliento de la cultura cívica,
desde la que regresamos solidarios
a la belleza de la vida en común.

Regreso de mi primer paseo, hoy 19 de mayo, en el horario de mañana para gente mayor. Tengo la impresión, después de dos largos meses de cuarentena estricta, que debo empezar a redescubrir la ciudad y tantas cosas. Barcelona está convaleciente. Pocos comercios abiertos, poca gente paseando y la mayoría con mascarilla. Me canso. Mañana regresaré. Es momento de colgar el texto en la web. Ojalá lo compartamos crítica y creativamente para el pensar y la acción movilizar y transformadora.

Toni Puig, marzo- mayo, 2020,

www.tonipuig.com

www.civitascultura.org